



Sede Educativa  
Escuela Superior de Guerra  
"Tte Grl Luis María Campos"

## **TRABAJO FINAL INTEGRADOR DE LA ESPECIALIZACIÓN EN HISTORIA MILITAR CONTEMPORÁNEA**

**Título: "El proceso de securitización de EEUU en el Golfo Pérsico.**

**La proyección del factor militar para la solución del conflicto**

**(1990-1991)."**

**Que para acceder al título de Especialista en Historia Militar Contemporánea  
presenta el Teniente Coronel EDUARDO PABLO GARBINI**

**Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 30 de octubre de 2019**

## Índice

<b>Introducción</b> .....	1
Justificación de la investigación.....	1
Planteo del problema.....	2
Interrogantes (central y derivados).....	2
Objetivos de la investigación (general y específicos).....	2
Aspectos sobresalientes del marco teórico.....	3
Relevancia del trabajo.....	4
<b>Capítulo 1: La generación y proyección de fuerzas (disuasión) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991)...</b>	4
La situación en la región. Principales antecedentes.....	5
La invasión a Kuwait.....	11
La respuesta de EEUU y la Coalición.....	12
La relación con los otros factores de poder. Diplomacia, economía y tecnología.....	13
La proyección del poder militar. La disuasión.....	17
La proyección del poder militar. Generación de fuerzas. Escudo del Desierto.....	19
Conclusiones parciales.....	25
<b>Capítulo 2: El empleo (acción militar directa) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991).....</b>	27
El empleo del poder militar. La acción militar directa.....	27
La amenaza iraquí.....	29
La pausa de Saddam.....	30
La “Fortaleza Kuwait”.....	31
Los ataques a Israel. El intento de Saddam Hussein de romper la Coalición.....	32
Operación Tormenta del Desierto. La fase aérea de la campaña.....	33
Operación Tormenta del Desierto. La fase terrestre de la campaña.....	34
Conclusiones parciales.....	37
<b>Capítulo 3: Los conceptos de seguridad y securitización. La securitización y el empleo del poder militar en los conflictos contemporáneos.....</b>	39
El concepto de seguridad.....	39
El concepto de securitización.....	40

Seguridad y securitización.....	42
El esquema de seguridad de EEUU en la Guerra del Golfo Pérsico.....	43
La securitización y los recursos.....	44
El empleo del factor militar en el contexto de la securitización. EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico.....	45
Otros casos de securitización posibles.....	47
Securitización y fundamentalismo islámico.....	47
Securitización y desarrollo.....	48
Securitización y armas de destrucción masiva. El inicio de una excusa estratégica	48
Securitización y el daño ambiental.....	48
Conclusiones parciales.....	50
<b>Conclusiones finales</b> .....	<b>52</b>
<b>Referencias</b> .....	<b>55</b>

### Índice de figuras

Figura Nro 1: El Medio Oriente en 1991.....	7
Figura Nro 2: Esquema general de la situación / Ejercicio Internal Look 90.....	9
Figura Nro 3: Invasión iraquí de Kuwait (02 Ago 90).....	12
Figura Nro 4: Poder de combate a los 10 días de iniciado el despliegue.....	18
Figura Nro 5: Dispositivo de defensa inicial.....	19
Figura Nro 6: Escudo del Desierto: principales instalaciones, rutas de abastecimiento y bases logísticas.....	21
Figura Nro 7: Poder de combate a los 90 días de despliegue, comparado con el orden de batalla para la operación ofensiva (a partir del 24 Feb 91).....	22
Figura Nro 8: Escudo del Desierto. Dispositivo de defensa completo.....	23
Figura Nro 9: “Fortaleza Kuwait”. Dispositivo de defensa iraquí al 04 de octubre de 1990.....	32
Figura Nro 10: Tormenta del Desierto. Secuencia de la ofensiva terrestre.....	35

## Resumen

La Guerra del Golfo Pérsico (1990-1991) es el conflicto armado que lleva a la Coalición internacional, liderada por Estados Unidos (EEUU), a la liberación de Kuwait, ocupado meses antes por las fuerzas militares iraquíes de Saddam Hussein.

El tema elegido, de relevante significancia para la historia militar del último tramo del siglo XX, permite el abordaje de un problema histórico contemporáneo con profundos puntos de conexión con la actualidad. A través de un enfoque multidisciplinario, el análisis de este conflicto muestra el inicio del creciente involucramiento de EEUU en el dictado del esquema de seguridad internacional, transitando el camino que lo colocaría en su máximo punto de proyección y despliegue global desde la Segunda Guerra Mundial, erigiéndose como la única superpotencia global.

Es también un hito fundamental de la presencia continua de Estados Unidos en el teatro de operaciones de Medio Oriente y Asia Sudoccidental, habiendo considerado muchos de los estrategias estadounidenses que la seguridad nacional de los Estados Unidos está directamente atada a la estabilidad y prosperidad de la región. Así lo indicaba, desde los años setenta, la Doctrina Carter.

Por ello, como superpotencia global, EEUU ha estado aplicando los elementos del poder nacional – diplomacia, información, acción militar y economía – para alcanzar dicho objetivo. Asimismo, este trabajo plantea el empleo del poder militar en un conflicto donde la relevancia de los recursos naturales subyace en todo su desarrollo, desde la invasión iraquí a Kuwait, pasando por su liberación por parte de la Coalición Aliada, hasta el presente.

Este trabajo permite abordar otros importantes temas de vigencia actual, tales como la securitización ante la existencia de estados “incapaces o fallidos” (que no pueden enfrentar las amenazas que hacen peligrar su seguridad), la proyección regional y global del poder militar, la cobertura jurídica internacional para el empleo de esa fuerza, el desarrollo del unipolarismo postguerra fría y la vigencia o no de dicho unipolarismo ante el crecimiento de otras potencias.

Se organiza en tres capítulos: el primero, con la finalidad de explicar la generación y proyección de fuerzas (disuasión) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991) en el contexto de las acciones de los demás factores de poder. El segundo capítulo, que busca explicar el empleo (acción militar directa) de dicho instrumento militar en las condiciones ya referidas. Finalmente, el tercer capítulo, para relacionar las condiciones, características y acciones de un proceso de securitización con el empleo del poder militar de EEUU y sus aliados en el conflicto desarrollado.

**Palabras claves:** Guerra del Golfo – Estados Unidos – Coalición – Irak – Kuwait – Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas – Potencial nacional – Seguridad – Securitización – Disuasión – Despliegue – Generación de fuerzas – Proyección de fuerzas – Factores de poder: militar, diplomático, político, económico, ambiental, social – Recursos.

## Introducción

### Justificación de la investigación

La Guerra del Golfo Pérsico (1990-1991) es el conflicto armado que lleva a la Coalición internacional, liderada por Estados Unidos (EEUU), a la liberación de Kuwait, ocupado meses antes por las fuerzas militares iraquíes de Saddam Hussein.

El tema elegido, de relevante significancia para la historia militar del último tramo del siglo XX, permite el abordaje de un problema histórico contemporáneo con profundos puntos de conexión con la actualidad. A través de un enfoque multidisciplinario, el análisis de este conflicto mostrará el inicio del creciente involucramiento de EEUU en el dictado del esquema de seguridad internacional, transitando el camino que lo colocaría en su máximo punto de proyección y despliegue global desde la Segunda Guerra Mundial, erigiéndose como la única superpotencia global.

Es también un hito fundamental de la presencia continua de Estados Unidos en el teatro de operaciones de Medio Oriente y Asia Sudoccidental, habiendo considerado muchos de los estrategias estadounidenses que la seguridad nacional de los Estados Unidos está directamente atada a la estabilidad y prosperidad de la región. Así lo indicaba, en los años setenta, la Doctrina Carter.

Por ello, como superpotencia global, EEUU ha estado aplicando los elementos del poder nacional – diplomacia, información, acción militar y economía – para alcanzar dicho objetivo. Asimismo, este trabajo plantea el empleo del poder militar en un conflicto donde la relevancia de los recursos naturales subyace en todo su desarrollo, desde la invasión iraquí a Kuwait, pasando por su liberación por parte de la Coalición Aliada, hasta el presente.

Este trabajo permitirá abordar otros importantes temas de vigencia actual, tales como la securitización ante la existencia de estados “incapaces o fallidos” (que no pueden enfrentar las amenazas que hacen peligrar su seguridad), la proyección regional y global del poder militar, la cobertura jurídica internacional para el empleo de esa fuerza, el desarrollo del unipolarismo postguerra fría y la vigencia o no de dicho unipolarismo ante el crecimiento de otras potencias.

En relación con el concepto de securitización, es importante mencionar la relevancia que le asigna Barry Buzan – uno de los más destacados estudiosos de dicha teoría – a este período histórico:

El fin de la Guerra Fría creó una remarcable fluidez y apertura de todo el modelo y de la calidad de las relaciones internacionales. Aunque los eventos de 1989 se centraron en Europa, representaron cambios de tal magnitud que es apropiado hablar del fin de una era para el sistema internacional en su conjunto. Específicamente, 1989 marcó el fin del período postguerra. Pareciera ser que los historiadores lo señalarían como el fin del siglo XX. Las dos guerras mundiales, la Guerra Fría que las sucedió y el proceso de descolonización que acompañó a los tres eventos ya comienzan a parecerse a un período histórico en sí mismo. (Buzan, 1993, p.432)

El gran desafío de los estados – entonces – es como enfrentar el conflicto actual y su cada vez más volátil, inédita y desconocida evolución. Implica el empleo de todos los factores

del potencial nacional, con la posibilidad siempre latente de la ejecución de la acción militar, tanto en forma disuasiva como efectiva. A instancias de que la historia militar es siempre el punto de referencia para evitar cometer los mismos errores del pasado, es un buen ejemplo la conclusión a la que arribara oportunamente el Comandante Operacional Aliado en el conflicto que se desarrolla en este trabajo.

Luego de retirarse del servicio activo del Ejército de los Estados Unidos – poco tiempo después de su desempeño como comandante en la Guerra del Golfo (1990-1991) – el general Norman H. Schwarzkopf dedicó gran parte de su tiempo a brindar conferencias y charlas relacionadas con su vasta experiencia de más de 35 años de milicia.

En su autobiografía relata – como epílogo – las principales dudas que le planteaban sus oyentes en esas ocasiones. Entre ellas, remarca la inquietud sobre la naturaleza y forma de los conflictos futuros y el volumen necesario de las fuerzas armadas estadounidenses para combatir y triunfar en ellos. En su respuesta, expresa Schwarzkopf (1994):

Debemos asegurarnos de que nuestras fuerzas sigan siendo lo suficientemente flexibles para lidiar con problemas imprevisibles. El futuro no siempre es fácil de prever; y nuestro historial en la cuestión de dónde librar las guerras futuras no es de los mejores. Si alguien me hubiera preguntado en junio de 1956 – cuando terminé mis estudios en West Point – dónde iba a combatir por mi patria en mis años de militar, no sé lo que hubiera respondido, pero seguro que no se me habría ocurrido decir Vietnam, Granada e Irak. (p.534)

El estudio de la acción militar de la Coalición aliada – en el conjunto de los demás factores de poder – y considerando el contexto de estudio del concepto de securitización, brindará herramientas de análisis de valor para ayudar a entender el conflicto actual y su probable evolución.

## **Planteo del problema**

**Interrogante central.** ¿De qué manera se llevó adelante el proceso de securitización de EEUU en el Golfo Pérsico?

**Interrogantes derivados.** ¿Cómo se concretó la proyección y el empleo del poder militar? ¿En qué medida se integraron los otros factores del poder nacional? ¿Cómo se concretó el proceso de securitización de EEUU y sus aliados durante el conflicto del Golfo Pérsico?

## **Objetivos de la investigación**

**Objetivo general.** Explicar el proceso de securitización de EEUU en el Golfo Pérsico a través de la proyección del factor militar para la solución del conflicto en condiciones favorables a sus intereses (1990-1991).

**Objetivo específico Nro 1.** Explicar la generación y proyección de fuerzas (disuasión) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991) en el contexto de las acciones de los demás factores de poder.

**Objetivo específico Nro 2.** Explicar el empleo (acción militar directa) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991) en el contexto de las acciones de los demás factores de poder.

**Objetivo específico Nro 3.** Relacionar las condiciones, características y acciones de un proceso de securitización con el empleo del poder militar de EEUU y sus aliados en el conflicto referido.

### **Aspectos sobresalientes del marco teórico**

Desde el punto de vista de la Política Internacional, este trabajo final permitirá la integración de contenidos relacionados con los conceptos de “Nuevo Orden Mundial” y el posterior de “Pax Americana”. Este abordaje posibilitará indagar en los fundamentos detrás de la decisión de la intervención de EEUU en el Golfo Pérsico. Asimismo, posibilitará estudiar la seguridad internacional y la forma en que la comunidad internacional enfrentó el primer conflicto de repercusión global de la postguerra fría, reflejada – en gran medida – en la actuación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Desde el punto de vista de la Geopolítica, el foco estará en los conceptos de seguridad y securitización, en relación con la problemática de los recursos y el conflicto. Permitirá analizar y concluir sobre el empleo del factor militar de poder de EEUU, en sincronización con los demás factores de poder, propios y de sus aliados, en el marco del proceso de securitización mencionado. Asimismo, se buscará indagar en los conceptos de unipolaridad y superpotencia y su vigencia a través del proceso histórico seleccionado. Además, se trabajará en el análisis detallado de la región, para poder apreciar el marco geopolítico en el que se ejecutó el empleo de dicho poder militar.

Desde el punto de vista del Pensamiento Militar, se hará hincapié el análisis de los desafíos estratégicos que enfrentó EEUU (y por añadidura sus principales aliados), la seguridad global y el carácter de la guerra, en directa relación con los factores del ambiente operacional, en particular en la región de Oriente Medio. Desde el punto de vista del empleo de los medios militares, se podrá apreciar su relación con los demás factores del poder nacional. El mencionado análisis se tomará como referencia para el empleo del poder militar (tanto en forma disuasiva como efectiva) como parte de la estrategia integral del Estado en la consecución de sus objetivos políticos.

El enfoque del tema desde la Historia Militar será la columna vertebral del presente Trabajo Final Integrador, buscando arribar a conclusiones válidas sobre las acciones de las fuerzas empleadas, tanto en el nivel estratégico, como operacional y táctico, haciendo foco en la capacidad de generación y de proyección del poder militar. Además de la visión oficial de las fuerzas armadas estadounidenses, se utilizarán otras fuentes para presentar un enfoque de interesante contraposición con dicha visión. El complemento de estas versiones diferentes permitirá entender el diseño, la proyección y el empleo del poder militar en este conflicto.

Esta línea de trabajo permitirá el desarrollo necesario y suficiente para poder indagar en el objetivo principal del presente trabajo integrador, estableciendo las relaciones que vinculan el empleo del poder militar de EEUU en el Golfo Pérsico (1990-1991) con las políticas y acciones derivadas de un proceso de securitización.

## **Relevancia del trabajo**

Como refiere Klare (2003), en 1997, el presidente Clinton le expresó a su par de Azerbaiyán el hecho de que EEUU colaborase en forma muy estrecha con su país en la explotación de sus recursos naturales en la región del Caspio no era solo una señal de que apoyaba el desarrollo de su país, sino que – a través de esas acciones – ayudaba a diversificar el abastecimiento estadounidense de energía. Sin ninguna duda, asimismo, este aspecto reforzaba claramente la seguridad de EEUU.

Como reflexiona el mismo autor, “un lenguaje así no lo utiliza ningún mandatario estadounidense sin tener buenas razones para ello”. Por lo tanto, queda claro que cuando el presidente de EEUU relaciona la propia seguridad nacional con los sucesos de alguna región o asunto en el mundo, normalmente implica la disposición de “emplear el poderío militar para proteger ese interés” (p.20).

Así lo declaró el presidente Jimmy Carter refiriéndose al petróleo del Golfo Pérsico en 1980, después de la invasión soviética de Afganistán: “Todo intento de controlar la región del Golfo Pérsico por parte de cualquier potencia extranjera será considerado como un ataque a los intereses vitales de EEUU – aseveró ante ambas cámaras – y repelido mediante el empleo de todos los medios necesarios, sin exceptuar la fuerza de las armas.” Esta primera definición de Doctrina Carter sirvió para justificar luego la intervención estadounidense en Kuwait. (Klare, 2003, p.21)

En forma taxativa, han sido sentadas las bases para entender la intervención estadounidense en el Golfo Pérsico – a la cabeza de la coalición formada en 1990 – más allá del objetivo general esgrimido ante la sociedad internacional de liberar a Kuwait de la ocupación iraquí y retornar la región a la situación preexistente a dicha acción militar. Este aspecto permite plantear – asimismo – la intervención a través del poder militar como el desarrollo de un proceso de securitización exitoso, que permite entender las acciones estadounidenses en pos de su proyección como superpotencia global en los últimos treinta años. Por ello, el trabajo tomará el desarrollo de la fase ejecución de la campaña para liberar a Kuwait como marco de referencia de dicha intervención, haciendo hincapié en la generación y proyección de las fuerzas y en el empleo del poder militar en el marco del conjunto de los factores del poder nacional (internacional). El detalle de las acciones tácticas de dicha campaña será solo el necesario a los fines expresados de este trabajo.

## **Capítulo 1**

### **La generación y proyección de fuerzas (disuasión) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991)**

*“La guerra es eterna y universalmente posible porque los seres humanos en sociedades políticamente organizadas siempre pueden estar suficientemente motivados por alguna mezcla de "miedo, honor e interés" para elegir luchar.”*

*Tucídides, en “The Landmark Thucydides: A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War”<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> GRAY (2010, p.8)



Como expresa Gray (2010), “la explicación general de Tucídides de los principales motivos de la política y de la guerra es tan relevante para el siglo XXI como lo fue en su época, hace 2.400 años” (p.8). En la misma idea, sigue Gray, también la naturaleza humana ha cambiado tanto – es decir, en el mismo espectro – como lo ha hecho la naturaleza de la guerra. Es decir, el “famoso tríptico de Tucídides” de los motivos para ir a la guerra sigue plenamente vigente.

Como complemento de lo expresado, es importante recordar los conceptos de naturaleza objetiva y subjetiva que Clausewitz enunciara. La naturaleza objetiva de la guerra es la que define su esencia, permanece inmutable y no desaparece a lo largo de la historia: la violencia, la fricción, la incertidumbre o niebla. Esta naturaleza objetiva se apoya y sostiene en la trinidad clausewitziana: pasión, oportunidad/probabilidad y razón, asociada principalmente con el pueblo, el ejército y su comandante, y el gobierno o la política, respectivamente (Gray, 2010).

Adicionalmente, Clausewitz (1999) reconoce la naturaleza subjetiva de la guerra, que define como su carácter cambiante, “los medios mediante los cuales se dirime”. Las armas, las doctrinas y procedimientos de empleo, las culturas y actores que se enfrentan, entre muchos otros. Es básicamente lo que la doctrina actual reconoce como ambiente operacional, definido como “el conjunto de factores de diversa naturaleza que existen en forma estable y semiestable en una determinada región” (Ejército Argentino, 2015, p.I-6). De acuerdo con dicho reglamento, algunos de esos factores podrán ser:

- La influencia de la política y la estrategia nacional y militar.
- El ambiente geográfico.
- Los factores militares.
- Las características de la lucha.
- Los sistemas de armas que pueden emplearse.
- Factores sociales.
- Los medios de información y su influencia en la opinión pública.

Sin embargo, en el marco expresado, es el interés como motivo, enunciado por Tucídides, el que se quiere resaltar en este trabajo. La región del Golfo Pérsico, ya desde épocas anteriores al período considerado, es de vital importancia para la seguridad de EEUU y la protección de sus intereses (y por consiguiente de sus principales aliados) y será motivo de primer orden para determinar la intervención militar de 1990-1991.

### **La situación en la región. Principales antecedentes**

La situación general de la región en este período – reconocido como el último tramo de la Guerra Fría – se vio condicionada por diferentes eventos, de orden internacional y regional, estos últimos con repercusión global, que sirven de contexto al conflicto del Golfo Pérsico.

Si bien a lo largo de toda la Guerra Fría el control del petróleo fue de vital importancia para EEUU – e implicó la dedicación permanente y significativa de recursos para ello – alcanzó su punto culminante en 1979 con la invasión soviética a Afganistán y la consecuente amenaza militar a la zona del Golfo Pérsico. Debe tenerse en cuenta que la acción militar soviética en dicho país fue posterior a la llegada al poder de los fundamentalistas islámicos en

Irán, aspecto que impulsó – entre otros – la promulgación de la Doctrina Carter, en enero de 1980. (Klare, 2006, p.226)

En abril de 1989, se concreta la salida de las tropas soviéticas de Afganistán, que ocupaban militarmente su territorio desde la mencionada invasión de 1979. Aun así, hasta 1992 continuaría el apoyo de Moscú a sus aliados afganos, en lucha contra los fundamentalistas islámicos. Este hecho influyó en la determinación del perfil y la magnitud de la presencia estadounidense en la región.

El estratega y asesor político Zbigniew Brzezinski (1997) fue claro y directo al explicar cómo se fue plasmando el compromiso de EEUU para la defensa de la región del Golfo Pérsico, en la intención de que el mismo favorecía a sus intereses en materia de seguridad en esa parte de Eurasia.

En la fase final de la Guerra Fría, un tercer “frente” defensivo – el del sur – apareció en el mapa de Eurasia. La invasión soviética a Afganistán precipitó una respuesta dual estadounidense: asistencia directa de EEUU a la resistencia nativa en Afganistán para obstaculizar al ejército soviético y aumento a gran escala de la presencia militar estadounidense en el Golfo Pérsico como elemento disuasorio para evitar cualquier ulterior proyección hacia el sur del poder político o militar soviético. (Brzezinski, 1997, p.16)

Hasta qué punto EEUU consideraba seriamente la amenaza soviética desde Afganistán, lo demuestran los planes de campaña vigentes por entonces. Cuando en noviembre de 1988 el general Schwarzkopf se hace cargo del Comando Central – uno de los comandos estratégicos/operacionales en los que EEUU divide las responsabilidades del planeamiento y empleo de sus fuerzas en el mundo – comprueba que una de las opciones contemplaba impedir el ataque del Ejército Soviético desde el Cáucaso, que pudiera capturar, sin mayor oposición, los campos petrolíferos iraníes. En caso de que se detectara la probabilidad de dicho ataque, los elementos ligeros de la Fuerza de Intervención Rápida de EEUU que lideraba el Comando del Cuerpo de Ejército XVIII (las Divisiones Aerotransportada 82 y de Asalto Aéreo 101) serían transportados rápidamente en grandes aviones de carga C-5 y C-141 de la Fuerza Aérea estadounidense. De la misma forma iría el personal de la División Mecanizada 24 (el componente blindado de dicha Fuerza), mientras que su material pesado era transportado en barcos de carga de rápido desplazamiento (Schwarzkopf, 1994).

Otro aspecto que signó meridionalmente este período fue la sucesión de hechos que llevaron al colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), secuencia que define con detalle Brzezinski (2012):

La implosión en 1991 de la Unión Soviética – a raíz de la fragmentación dos años antes del bloque soviético en Europa Oriental – fue causada por una combinación de fatiga social, ineptitud política y fallas ideológicas y económicas del marxismo. A ellos, se sumaron las exitosas políticas exteriores de contención militar de Occidente y la penetración ideológica pacífica. (p.12)

Sin duda, el colapso de la URSS hace que EEUU se convierta, al mismo tiempo, en la única y más fuerte potencia de alcance global (Brzezinski, 1997). De todas formas, el oso soviético queda al desnudo y los diferentes eventos adversos de la potencia oriental – como el desastre político y militar en Afganistán – dejan su huella, y se aprecia claramente que “el

desintegrado sistema político soviético dejó al descubierto una sociedad de relativo retraso y privaciones. En realidad, la Unión Soviética fue rival digno de EEUU en una sola dimensión: el poder militar” (Brzezinski, 2012, p.44).

También la década del 80 fue testigo de la prolongada y devastadora guerra entre Irak e Irán. Un conflicto armado que fue seguido muy de cerca por los países occidentales, en función de sus intereses permanentes en la región y se constituyó en una “prueba palmaria de que el armamento moderno por sí solo no conforma una Blitzkrieg” (Citino, 2015, p.16). Dotados ambos ejércitos con material avanzado proveniente de ambos bloques (tanto occidental como soviético), salvo algunas exitosas acciones tácticas aisladas, la mayor parte de la guerra estuvo más cerca de los enfrentamientos de principios del siglo XX que de una guerra relámpago. En líneas generales, la conducción y la ejecución de operaciones fueron de muy baja calidad y poco eficientes, en ambos bandos.

El triunfo final iraquí indujo a los analistas occidentales a una de las conclusiones más vergonzosas jamás llevadas al papel con el ensalzamiento de las cualidades combativas de su ejército, cualidades que pronto acabarían siendo muy efímeras en 1991 (Citino, 2015, pp.16 y 17). Esta consideración positiva de las capacidades militares de las fuerzas de Saddam, sin mayor fundamento y sospechosamente, se replicó en distintos ámbitos de las fuerzas armadas iraquíes, aspecto que se mencionará más adelante en este trabajo.



Figura Nro 1: El Medio Oriente en 1991. (USMA, 2019)

En cuanto a la región, una visión geopolítica muestra como dos actores secundarios de este conflicto fueron significativos para el desarrollo del mismo. La relevancia de esta consideración es su validez actual, aun habiendo cambiado la situación de algunos actores, tales como es el caso del propio Irak.

Estos actores son Irán y Turquía, importantes pivotes geopolíticos. Turquía tiene valor desde múltiples aristas: es el contrapunto de Rusia en la zona del Cáucaso, es todavía una barrera para el fundamentalismo musulmán y – con sus permanentes particularidades – es el pilar sur de la OTAN. Cualquier desestabilización que comprometa la integridad turca sería una oportunidad de oro para el control ruso de los estados que antes fueran parte de la Unión Soviética. Irán, por su parte, tiene control sobre la costa oriental del Golfo Pérsico, y – aun a pesar de su abierto enfrentamiento con EEUU – es un firme obstáculo contra cualquier intento ruso sobre la región, algo que favorece indirectamente a los intereses estadounidenses en la misma (Brzezinski, 1997).

Los pivotes geopolíticos son los estados cuya importancia deriva no de su poder y de sus motivaciones, sino más bien de su situación geográfica sensible y de las consecuencias que su condición de potencial vulnerabilidad provoca en el comportamiento de los jugadores estratégicos. Muy a menudo, los pivotes geopolíticos están determinados por su geografía, que en algunos casos les da un papel especial, ya sea el de definir las condiciones de acceso de un jugador significativo a áreas importantes o el de negarle ciertos recursos. (Brzezinski, 1997, p.49)

De allí la importancia de considerar a estos actores en su influencia sobre el desarrollo del conflicto entre Irak y la Coalición liderada por EEUU en 1990. Este fue un aspecto clave a tener en cuenta por la estrategia nacional estadounidense, en la consideración geopolítica del momento: la URSS/Rusia con problemas internos, saliendo del conflicto de Afganistán y la barrera que significaban Turquía e Irán en cualquier intento de avance hacia la región. Completando los conceptos del valor de un pivote geopolítico, de gran aplicación para el caso de Irán y Turquía:

En algunos casos, un pivote geopolítico puede actuar como un escudo defensivo para un estado vital o incluso para una región. Algunas veces, puede decirse que la propia existencia de un pivote geopolítico tiene consecuencias políticas y culturales muy significativas para un jugador geoestratégico vecino más activo. (Brzezinski, 1997, p.49)

Para este caso, EEUU se considera un jugador geoestratégico cercano, por su proyección de poder e interés en la región. Asimismo, expresa el autor que los problemas internos de ambos estados pivotes tenderán siempre a empeorar, limitando su capacidad estabilizadora en la región y afectando la seguridad del Golfo Pérsico, coto de control de EEUU.

Sin embargo, el conjunto de la situación marcaba cierto grado de seguridad sobre la amenaza soviética, motivando a los planificadores estadounidenses a cambiar la orientación de sus trabajos. El Comando Central realizaba un muy importante ejercicio anual, en el gabinete – en este caso el Internal Look 90 – para comprobar los planes de empleo de sus fuerzas en la región. Hasta ese momento, el supuesto de planeamiento indicaba que los soviéticos avanzarían sobre Irán, para controlar la producción de petróleo. Como su

comandante determinó, ese escenario ya no era el más probable, “a caballo de la caída de la URSS. Por lo tanto, el CENTCOM (Comando Central) estaba decidido a ensayar aquel verano un guión en el que el enemigo no fuera la Unión Soviética, sino Irak” (Schwarzkopf, 1994, p.314).

En el desarrollo del ejercicio, en las instalaciones de Fort Bragg (Carolina del Norte) y de Camp Hurlburt (Florida), entre el 23 y 28 de julio de 1990, se consideró una invasión iraquí con seis divisiones pesadas. En el escenario previsto del ejercicio, el ya mencionado Cuerpo de Ejército XVIII (Fuerza de Intervención Rápida) tuvo el tiempo necesario para su despliegue a la región y para la preparación de la defensa de Arabia Saudita, en forma preventiva al ataque iraquí.



Figura Nro 2: Esquema general de la situación / Ejercicio Internal Look 90  
(Elaboración propia)

A través del trabajo en el gabinete, los resultados del ejercicio indicaron que se podía bloquear la fuerza invasora, atacándola en forma continua con aviones y helicópteros de combate, luego de haber avanzado unos 200 kilómetros en territorio saudí, hasta al-Jubayl. Se pudieron mantener las principales ciudades y recursos (Dhahran, Ad-Dammam y las refinerías de Abqaiq), pero al costo del 50% de la propia fuerza.

Las principales enseñanzas determinaron que, desde el punto de vista del desarrollo logístico de la campaña, iba a ser indispensable un apoyo de magnitud por parte de Arabia Saudita para abastecer a una fuerza de las dimensiones consideradas en la ejercitación. Desde el punto de vista táctico, aun con un apoyo aéreo significativo y continuo para las fuerzas estadounidenses, el combate entre fuerzas blindadas sería la forma normal del enfrentamiento. En virtud de estas apreciaciones, el general Schwarzkopf decidió modificar lo previsto en los planes y adelantar, en las primeras oleadas por modo marítimo, la mayor cantidad de unidades

de combate (Scales, 1994). Es de destacar que la mayor parte de los datos utilizados en el ejercicio y aquellos surgidos de su desarrollo sirvieron, en forma directa, para el planeamiento de la campaña venidera.

El primer objetivo operacional de las fuerzas estadounidenses fue proteger Arabia Saudita (“Escudo del Desierto”). Solo un mes antes, el Comando Central (CENTCOM) había efectuado un juego de guerra consistente en un ataque por parte del “País Rojo” sobre Kuwait y Arabia Saudita. El ejercicio Internal Look 90 no trataba de la situación táctica en tierra sino de la capacidad de EEUU de emplazar a tiempo una fuerza creíble en Arabia Saudita. Cuando el juego se convirtió de súbito en una realidad al mes siguiente, los planificadores estadounidenses se encontraban ya bastante familiarizados con la miríada de cuestiones que ello significaba: transporte marítimo estratégico disponible, capacidad portuaria y cantidad de apoyo requerido por el país anfitrión, por citar unas pocas. (Citino, 2015, p.387)

Finalmente, en este análisis de la situación regional, se sitúa la crisis en desarrollo entre Irak y Kuwait, los dos actores iniciales del conflicto. Irak – y Saddam Hussein en lo personal – sostenía un reclamo de soberanía sobre Kuwait, como parte de su territorio, a lo largo de los años. Dichos reclamos se habían repetido en varias ocasiones en el transcurso del siglo XX, sin llegar nunca a desarrollarse hostilidades abiertas entre ambos países árabes. Estas diferencias incluían conflictos de demarcación de límites, en particular sobre el Golfo Pérsico, en el sector de las islas de Bubiyan y Warbah.

En una de sus visitas como responsable del Comando Central a Kuwait, en octubre de 1989, el general Schwarzkopf se entrevistó con el Jefe del Estado Mayor del reino. Si bien en su contacto anterior se habían abstenido de hablar en detalle sobre los planes de defensa kuwaitíes, esta vez quedó claro que el principal enemigo era Irak. La apreciación del general Mizyad al-Sanii se basaba en el hecho de que Saddam no había logrado recuperar un punto de acceso al Golfo Pérsico, uno de sus principales objetivos perseguidos en la guerra contra Irán (Schwarzkopf, 1994). Además, le expresaba al comandante estadounidense lo siguiente:

Durante la reconquista de la península de Al Faw, el propio Irak había destruido una presa que ambicionaba. La vía acuática de Shatt al-Arab no había sido dragada en toda la guerra y estaba tan llena de sedimentos, barcos hundidos y proyectiles de artillería sin explotar que sería impracticable durante años. Por tanto, en adelante Irak dependería más que nunca de Umm Qasr, su puerto militar contiguo a la isla kuwaití de Bubiyan, a la que Saddam Hussein probablemente intentaría ocupar. (Schwarzkopf, 1994, p.307)

Asimismo, la tensión entre ambos países se relacionaba con la deuda que Kuwait le reclamaba a Irak, por los préstamos que aquél le hiciera en los años recientes para ayudar a financiar la extensa guerra con Irán. El reclamo alcanzaba a unos 12 mil millones de dólares. Está muy claro que Irak no tenía los fondos para saldar esa deuda ni la intención de hacerlo.

Finalmente, otro foco de problemas era el petróleo. Por un lado, Irak acusó a Kuwait y a Emiratos Árabes Unidos de llevar adelante una sobreproducción del preciado recurso, lo que llevó el precio del barril a 14 dólares, aspecto que desfavorecía notablemente a la economía iraquí. Por otro, Irak también acusaba a Kuwait de robarle petróleo del Campo de Rumaila, fuente de dicho recurso que ambos compartían en sectores próximos a la frontera común.

Como resultado, Irak acusa formalmente a Kuwait, el 16 de julio de 1990, a través de una carta a la Liga Árabe. Ante el agravamiento de la crisis, el 25 de julio, la embajadora de EEUU en Irak, April Glaspie, se reunió con Saddam Hussein y – entre otros aspectos – le expresa que EEUU no emite opinión sobre los problemas internos entre estados árabes, tal cual se consideraba a la diferencia limítrofe entre ambos países. Esta reunión fue motivo de controversia desde entonces. Es muy posible que Saddam Hussein interpretara las expresiones de la embajadora como el visto bueno de Washington para cualquier acción sobre Kuwait, avalando los derechos reclamados por los iraquíes. Glaspie no solo no coincide con esa versión, sino que – en una entrevista periodística – manifestó que ella, como tantos otros, ni siquiera esperaba una invasión a Kuwait por parte de Irak, como terminó sucediendo.

## **La invasión a Kuwait**

A mediados de julio de 1990, Saddam Hussein convocó a su palacio al general Ayad Futayih al-Rawi, comandante general de la Guardia Republicana y le ordenó iniciar los preparativos para invadir Kuwait.

Entre los principales antecedentes militares de al-Rawi, figuraba el hecho de haber comandado a la Guardia Republicana durante las ofensivas más exitosas en la guerra contra Irán. Entre abril y julio de 1988, las acciones de la Guardia Republicana, a las órdenes de al-Rawi, lograron desequilibrar la situación a favor de Irak. Ahora, habiendo recibido la orden de invasión de su líder, buscaría ejecutar aquellas lecciones aprendidas en el ataque contra Kuwait; especialmente, la aplicación de una masa arrolladoramente superior: mataría a una pulga con un martillo (Scales, 1994).

Finalmente, a las dos de la mañana del día 02 de agosto de 1990, se inició el avance sobre Kuwait. En disciplinadas formaciones de combate, dos de las principales divisiones pesadas de la Guardia Republicana – la División Blindada Hammurabi y la División Mecanizada Tawakalna – avanzaron rápidamente hacia el sur, sobre el eje Safwan-Abdally, en dirección al paso de al-Jahra. En su camino neutralizaron sin mayor problema a una brigada kuwaití; equipada apenas con vehículos blindados Ferret y Saladin, poco pudo hacer frente a casi 1.000 tanques T-72. Desde el oeste, otra gran unidad de la Guardia Republicana, la División Blindada Medina, constituyendo un ataque secundario, iniciaba acciones para asegurar el flanco contra cualquier intento de apoyo árabe desde el norte de Arabia Saudita. A las 0500 horas, las fuerzas blindadas iraquíes alcanzaron la Ciudad de Kuwait. En su arrollador avance, lograron reducir a la mayor parte de las unidades kuwaitíes todavía dentro de sus guarniciones. Simultáneamente al avance blindado, tres brigadas de fuerzas especiales de la Guardia Republicana ejecutaron asaltos helitransportados sobre la capital, buscando bloquear el repliegue de fuerzas en esa dirección. Más al sur, comandos anfibios hicieron lo propio sobre la ruta costera. A continuación, cuatro divisiones de infantería de la Guardia avanzaron detrás de las divisiones blindadas para limpiar las resistencias enemigas y asegurar las distintas zonas conquistadas y sobrepasadas. Al día siguiente, 03 de agosto, las tres divisiones pesadas se movieron hacia la frontera sur del país, en el límite con Arabia Saudita, estableciendo una rápida posición defensiva en esa línea general. Adicionalmente, otras grandes unidades de batalla del ejército regular iraquí comenzaron a ingresar a Kuwait. En cuarenta y ocho horas, Saddam Hussein controlaba el territorio del país invadido (Scales, 1994; Citino, 2015). Para el 06 de agosto, elementos de por lo menos 11 divisiones iraquíes estaban en Kuwait o se desplazaban hacia su territorio, con más de 200.000 efectivos y 2.000 tanques. Estos eran indicios de la posibilidad de continuar atacando hacia el sur de la frontera con Arabia Saudita.

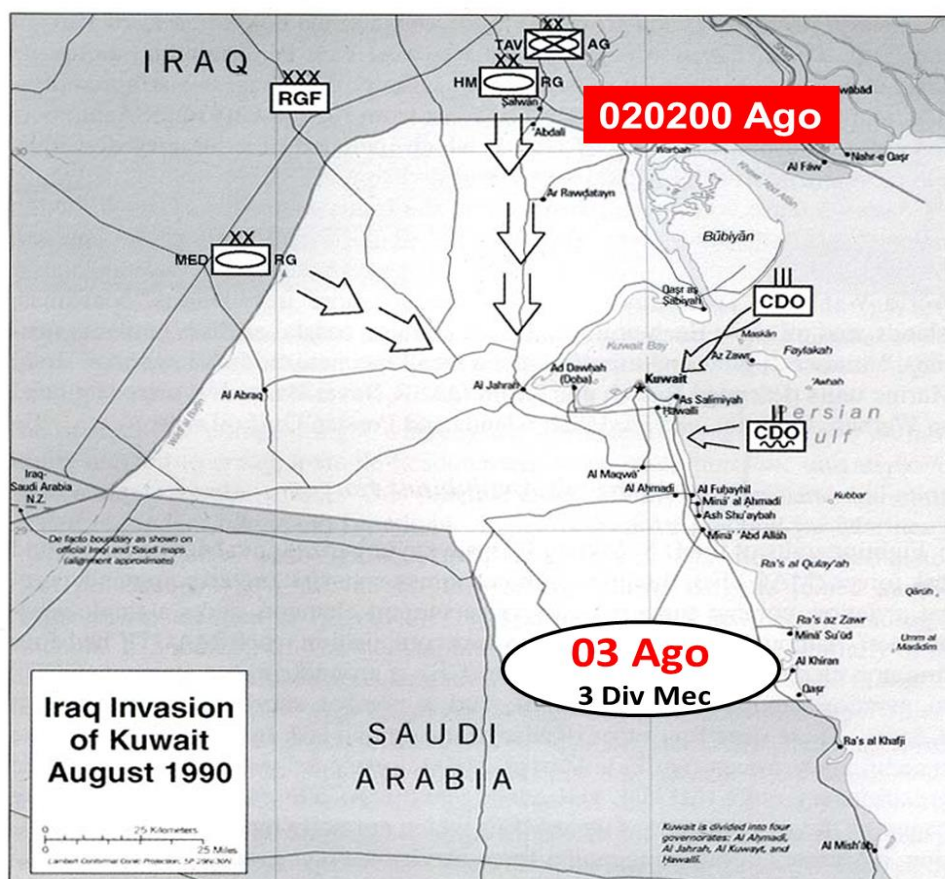


Figura Nro 3: Invasión iraquí de Kuwait (02 Ago 90) (University of Texas Libraries)

### La respuesta de EEUU y la Coalición

La respuesta a la acción armada iraquí no se hizo esperar. El mismo día 02 de agosto, a las 0230 horas – apenas iniciados los ataques de la Guardia Republicana – el general Colin Powell, Jefe de Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas estadounidenses (Chairman of the Joint Chiefs of Staffs), convocó al general Schwarzkopf para acompañarlo a Washington a la reunión del Consejo de Seguridad Nacional. A las 0800 horas, entre otros miembros de dicho Consejo, el Comandante del Comando Central debió exponerle al Presidente de EEUU sobre los aspectos militares generales de la situación: la capacidad militar de Irak y una rápida idea de las opciones preliminares de empleo del poder militar propio (Scales, 1994). El general Schwarzkopf quedó impresionado por la disposición del presidente Bush para escuchar a todos los expositores, sin apresurarse a hacer juicios o tomar decisiones tempranas hasta no tener una mejor perspectiva de la situación general. Para ello, planteó algunas de sus dudas a ese momento: “¿era posible una alianza entre Irak e Irán?, ¿se podía cortar el suministro de petróleo de Irak y de Kuwait?, ¿qué efecto tendría eso en la economía mundial?” (Schwarzkopf, 1994, pp.321 y 322). La explicación del general dejó claro que ya no se podía rechazar la invasión, pero se podían adoptar ciertas medidas con fuerzas navales y aéreas para mostrar la determinación de EEUU y – eventualmente – hacer pagar a Irak por sus acciones. Así lo expresó Schwarzkopf, recordando la reunión:

Aunque solo habían pasado 14 horas del inicio de la invasión a Kuwait, el presidente Bush ya tenía claro que había que detener a Saddam. Nos dio la orden de estar preparados para combatir si Irak tomaba rehenes en el personal de la embajada



estadounidense. Consideró necesario defender a Arabia Saudita. Si era atacada, era un *casus belli*. (Schwarzkopf, 1994, p.323)

Sobre el fin del primer día de la invasión iraquí, Bush condenó firmemente la agresión, expresando que la conquista de Kuwait y el eventual ataque sobre Arabia Saudita, o la sola intimidación, presentaban una amenaza real a los intereses nacionales de EEUU y ameritaba una respuesta decidida. En una muestra de la importancia de sincronizar los efectos de todos los factores del potencial nacional, ordenó congelar de inmediato todos los activos financieros iraquíes en EEUU, evitando así que Irak se beneficiara de esa riqueza (Hardy, McIntyre y Knight, 2019).

La siguiente exposición al Presidente, el 04 de agosto en la residencia de Camp David, ya fue más detallada. Schwarzkopf expuso el despliegue de fuerzas necesario para defender Arabia Saudita. En la misma reunión, se decide el envío de un grupo de expositores al reino para explicarle la situación al Rey Fahd y solicitar su apoyo. Se convino que fueran en ese grupo el mismo Schwarzkopf y el general Yeosock, comandante del 3er Ejército (luego Comandante del Componente Terrestre de CENTCOM).

En el marco internacional, la condena fue inmediata. El Consejo de Seguridad (CS) de la Organización de las Naciones Unidas emitió el mismo día de la invasión de las fuerzas de Saddam Hussein la Resolución 660 en ese sentido, considerando la agresión iraquí como “un quebrantamiento de la paz y la seguridad internacionales” (Rodríguez González, 2007). Sería la primera de una serie de resoluciones del CS, hasta llegar a la Resolución 678 (del 29 de noviembre de 1990), la cual autorizaba a los estados miembros a recurrir a todos los medios necesarios para hacer cumplir lo establecido por el Consejo de Seguridad en las respectivas resoluciones.

### **La relación con los otros factores de poder. Diplomacia, economía y tecnología**

Uno de los alcances del presente trabajo es determinar la vinculación del empleo del poder militar con las acciones de los otros factores del poder nacional, en particular el factor política exterior/diplomacia, el factor económico y – en menor medida – el factor científico-tecnológico. Esta relación ayudará a entender la acción sincronizada, sinérgica, de todos los componentes activos de un estado en la persecución de sus intereses. Como expresara la doctrina argentina de la época referida a la guerra: “en su ejecución participarán todos los factores del potencial nacional en forma gradual y variable, desde un empleo restringido del instrumento militar hasta su aplicación en el máximo de sus posibilidades que permita imponer la propia voluntad” (Ejército Argentino, 1992, p.482). Desde ese marco general, deberá entenderse y analizarse el empleo del factor de poder militar.

Ahora bien, la sinergia de estos factores del potencial nacional determinan la capacidad de un estado; y “cuanto mayor sea su poder militar, económico y político, mayor será el radio, más allá del territorio de sus vecinos inmediatos, de los intereses políticos vitales, de la influencia y de la participación de ese estado” (Brzezinski, 1997, p.47). En estos conceptos se apoyó el presidente Bush al establecer – luego de consultas con sus aliados – los objetivos políticos iniciales para este conflicto:

- Retirada inmediata, incondicional y completa de las fuerzas iraquíes del territorio de Kuwait.
- Restauración de la soberanía del gobierno de Kuwait.

- Seguridad y estabilización de Arabia Saudita y de la región del Golfo Pérsico.
- Seguridad de las vidas de los ciudadanos de EEUU en la región.

Sobre estos objetivos – determinantes de las estrategias sectoriales a instrumentar por cada uno de los factores del poder nacional – se diseñó el empleo del instrumento militar, siguiendo lo que se conoció como la “Regla de los 3 puntos”: 1) Definir claramente la misión, por parte de la estrategia nacional; 2) Requerir de la estrategia militar y de las fuerzas armadas la aptitud, factibilidad y aceptabilidad del empleo de las fuerzas; 3) Establecer un plan de salida bien definido, es decir: el estado final deseado.

A diferencia de otros conflictos o situaciones de las relaciones internacionales desde la vigencia de la Organización de las Naciones Unidas, la Guerra del Golfo Pérsico de 1990-1991 “encontró a las principales potencias en una postura común frente a la agresión, asumiendo EEUU desde un comienzo el liderazgo para la liberación de Kuwait” (Meneses, 1991, p.380). Asimismo, es el primer conflicto importante de la era postbipolar, encontrando a EEUU como cabeza de un “nuevo sistema internacional”, en el cual no solo se está afirmando un modelo de legitimidad internacional, sino también la estructura de liderazgo del mismo (Meneses, 1991).

La condición de EEUU como la potencia superior en el marco global se manifestaba, también, en el orden de la diplomacia/política internacional. Esta superioridad quedó plasmada con los resultados, favorables a la política exterior de Washington, del trabajo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas durante todo el conflicto. Incluso la URSS dio su voto de aprobación a la Resolución 660 del CS, condenando la acción iraquí y exigiendo la retirada de sus fuerzas de Kuwait. Además, el frente “europeo oriental” de la Guerra Fría se había diluido, permitiéndole a EEUU el traslado hacia el Golfo del poderoso Cuerpo de Ejército VII, “maniobra que hubiera sido impensable en los días de la Guerra Fría, solo dos años antes” (Citino, 2015, p.386).

Para la Coalición – y para EEUU en especial, por su condición de liderazgo de la misma – era de gran valor para el respaldo político internacional de la campaña contar con el máximo de países participando en forma coordinada en la acción militar, en particular si eran países árabes y del Tercer Mundo (Meneses, 1991); es decir, otros países además de sus aliados históricos e incondicionales. “En muchos sentidos, la Coalición para liberar a Kuwait fue única, el producto de una conjunción de acontecimientos que es poco probable que se vuelva a dar en el futuro” (Citino, 2015, p.386). En síntesis, una arista más de la construcción de poder de un estado (y de sus aliados) y que – en el mismo sentido de lo que dijera Brzezinski – amplía su radio para alcanzar sus intereses y objetivos.

La clara expresión del valor sinérgico de los factores de poder en la construcción de la Coalición es la potencia y diversidad de las fuerzas reunidas:

- Participaron 37 naciones, sumando unos 620.000 efectivos.
- Se desplegaron fuerzas terrestres significativas de EEUU (Ejército e Infantería de Marina) y en menor medida de Gran Bretaña, Francia, Kuwait, Arabia Saudita, Egipto y Siria.
- Los medios aéreos implicaron más de 1.600 aeronaves de EEUU (más de 300 de ellas de reabastecimiento aéreo), 165 de Arabia Saudita, 82 de Gran Bretaña y 29 de Canadá, entre los aportes significativos.

- Las fuerzas navales contaron con medios de EEUU, Gran Bretaña, Alemania, Argentina, Australia, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Italia, Kuwait, Noruega, Países Bajos, Polonia y Portugal. (USMA, 2019)

Este volumen y composición fueron el resultado del trabajo sincronizado de los factores de poder militar, económico, científico tecnológico y de política exterior, principalmente.

También se desarrolló un intenso trabajo de “diplomacia militar” desde el Comando Central, aún desde antes de las acciones militares iraquíes sobre Kuwait. El general Schwarzkopf – que era su comandante desde noviembre de 1988 – inició recorridas en los países que conformaban su área de responsabilidad en la región. En esa época, EEUU no tenía relaciones militares con Irán, Irak, Afganistán, Etiopía y la República Popular del Yemen, por lo que estos países no eran considerados en tales recorridas. Así, entonces, el Comandante del CENTCOM inició su derrotero de acercamiento y construcción de confianza mutua en Arabia Saudita, Egipto y Pakistán, “ya que Arabia Saudita era la fuerza estabilizadora más importante de la región del Golfo, y Egipto y Pakistán los países que ocupaban, respectivamente, el segundo y tercer lugar como receptores de ayuda militar estadounidense (después de Israel)” (Schwarzkopf, 1994, p.299). Con Arabia Saudita, que en poco tiempo sería fundamental para el desarrollo logístico de la campaña y el despliegue de las fuerzas, el esfuerzo era – ahora – contradictorio a la norma de conducta de años por parte de la administración estadounidense. Durante mucho tiempo, los saudíes vieron limitada su capacidad de comprar armamento y equipo en EEUU, por pensarse en Washington que el material vendido a los árabes – aunque fueran árabes moderados – podía terminar siendo usado contra su aliado Israel. Así, aun prefiriendo el material de guerra estadounidense, los saudíes se habían equipado con “aviones de caza británicos, radares de defensa aérea franceses, artillería brasileña y misiles chinos” (Schwarzkopf, 1994, p.300).

Otra función del Comandante del Comando Central fue convencer a la propia política exterior estadounidense – el Departamento de Estado – para obrar en sintonía con este trabajo de alianzas y apoyos. Tal fue el caso con los Emiratos Árabes Unidos, los primeros en solicitar la ayuda militar estadounidense. La misma fue de índole defensiva. Por un lado, un pedido de ejecutar una incursión sobre fuerzas iraquíes; por el otro, una solicitud de aviones cisternas para reabastecimiento aéreo de su propia aviación de combate, para poder mantenerla en vuelo permanente. Para que se concrete esta ayuda, Schwarzkopf tuvo que apoyarse en las gestiones del Jefe del Estado Mayor Conjunto y del Secretario de Defensa. Para el país árabe, fue una decisión arriesgada, ya que con este pedido el resto de los países de la región lo consideraban parcializado, por supuesto del lado estadounidense (Schwarzkopf, 1994).

En Kuwait, por su parte, había calado muy profundo – en forma positiva – la intervención estadounidense en la “guerra de los buques petroleros”<sup>2</sup>. El Jefe del Estado Mayor kuwaití le expresó al Comandante del Comando Central en una de las visitas ya referidas: “Nunca pensamos que vendrían, pero el hecho es que vinieron. Y cuando llegaron pensamos que se irían en cuanto empezasen los tiros, pero no fue así, sino que se quedaron y nos defendieron. Ahora consideramos que EEUU es un amigo del mundo árabe”

---

<sup>2</sup> Durante la guerra entre Irán e Irak, buques petroleros kuwaitíes fueron atacados repetidamente por fuerzas iraníes. EEUU decidió proteger a las embarcaciones de Kuwait, para lo que se las colocó bajo pabellón estadounidense. A partir de ello, fueron escoltados por buques, helicópteros y aviones de EEUU, escalando la situación militarmente, con enfrentamientos de diferente entidad entre buques y aeronaves de ambos bandos. Para EEUU se desarrolló la operación “Earnest Will”.

(Schwarzkopf, 1994, p.303). Éste es un ejemplo meridiano de la sinergia de diferentes factores del potencial nacional (el militar y el de política exterior), en pos de la consecución y resguardo de los intereses nacionales.

Saddam – por su parte – quedó aislado desde el punto de vista diplomático. Las intenciones de Irak para romper la Coalición fueron permanentes, aunque sus acciones no fueron sostenidas ni eficaces. Más allá de su limitada capacidad misilística, tanto en cantidad como en calidad, solamente Israel y Arabia Saudita fueron atacados con misiles Scud. Otros países que podían ser blancos por integrar la Coalición o apoyarla, como Siria, Egipto y Turquía, nunca fueron atacados, lo que fue una maniobra sospechosa por parte de Saddam Hussein (Meneses, 1991).

En el marco de las Naciones Unidas, Washington sostuvo una decidida y caracterizada política de mantener el tratamiento del asunto dentro del marco del Consejo de Seguridad, evitando que se trasladara su manejo al ámbito de la Asamblea General, donde se podía perder el control. Así se gestaron y desarrollaron las diferentes Resoluciones al respecto.

Las grandes potencias prefieren el Consejo de Seguridad para debatir sus principales problemas por razones obvias: cuentan con el poder de veto si los asuntos toman un giro inesperado; por ser un grupo más pequeño, resulta más fácil llegar a acuerdos y sus resoluciones son más efectivas. (Meneses, 1991, p.384).

Si bien algunos autores expresan que “la decisión de pasar a la acción fue precedida de un tiempo razonable para dar la última oportunidad (a Irak), acallando de paso cualquier posible argumento sobre exceso de celo en el empleo de las armas” (Meneses, 1991, p.385), es también aceptable sostener que la conducción estratégica estadounidense (y de sus aliados más importantes) consideró necesario el período de tiempo desarrollado para poder generar, trasladar y desplegar la fuerza militar suficiente para alcanzar sus objetivos políticos y militares que terminaban, de una forma u otra, con la derrota de Saddam Hussein.

Finalmente, es la Resolución 678 (29 de noviembre de 1990) el instrumento diplomático que cierra la posibilidad de mantener la resolución del conflicto por esa vía. Invocando el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, en su párrafo 2., expresa:

Autoriza a los Estados Miembros que cooperan con el Gobierno de Kuwait para que, a menos que el Iraq cumpla plenamente para el 15 de enero de 1991 o antes las resoluciones que anteceden, como se indica en el párrafo 1 de la presente resolución, utilicen todos los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la resolución 660 (1990) y todas las resoluciones pertinentes que la siguieron y para restablecer la paz y la seguridad internacionales en la región. (ONU, 2019)

Cuando hace referencia a “todos los medios necesarios, incluye el uso de la fuerza, de ser éste necesario” (Rodríguez González, 2007, p.486).

Desde el punto de vista del factor económico, en su sincronización de efectos con el factor militar, se aplicaron sanciones a través de diferentes resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, a saber: Resolución 661 (09 de agosto de 1990), imposición de embargo comercial; Resolución 665 (25 de agosto de 1990), aplicación de medidas de embargo comercial; Resolución 670 (25 de septiembre de 1990), embargo aéreo, entre las principales medidas (Rodríguez González, 2007). Sin embargo, cuando el Consejo

decidió autorizar las acciones militares para cumplir el mandato ordenado, no contó con los votos afirmativos de los cinco miembros permanentes. Tampoco pudo determinar con detalle el fracaso de las sanciones económicas, que significaba pasar al siguiente nivel, la acción militar, ni estableció control alguno sobre esa acción por parte del Consejo. Como asegura Qigley (1992), “el Consejo de Seguridad, liderado por EEUU, proveyó la cobertura para una acción militar unilateral” (p.48).

Otro aspecto de relevancia fue la agresiva campaña de recaudación llevada adelante por el Secretario de Estado James Baker. El llamado “Tin Cup Trip” logró reunir unos 54 mil millones de dólares, en diferentes países, siendo casi el 90% del costo de la campaña asegurado por Japón, Alemania y los países árabes (Atkinson, 1995). Algunos analistas colocaron el costo financiero de la guerra para los países árabes en 620 mil millones de dólares, de los que Irak y Kuwait afrontaron – cada uno – casi un tercio de total. Números y cifras que no serán muy fáciles de conocer.

Por su lado, el factor científico-tecnológico fue transversal al desarrollo de fuerzas mencionado, siendo parte de la consecuente sinergia. Sin embargo, es importante resaltar la aparición por primera vez, en grandes cantidades y empleados en forma simultánea, de los que fueron llamados los “5 grandes”: el tanque M-1 Abrams, el Vehículo de Combate de Infantería (VCI) M-2 Bradley, el helicóptero de ataque AH-64 Apache (con misiles Hellfire, cohetes y un cañón de 30 mm), el helicóptero utilitario UH-60 Black Hawk y el misil de defensa aérea Patriot (Citino, 2015, p.373). A ellos, se agregó el empleo masivo de los sistemas de GPS (Global Positioning System), el sistema de posicionamiento global, que permitió a las fuerzas terrestres aliadas atacar – con importantes fuerzas – a través de un desierto inmenso y sin características visibles para moverse, en el cual los mismos iraquíes consideraban arriesgado desplazarse sin la guía de los habitantes locales (Scales, 1994). Todos estos desarrollos tecnológicos, combinados con el factor humano y su preparación, fueron determinantes en la proyección del poder militar de EEUU y sus aliados.

### **La proyección del poder militar. La disuasión**

Llegados a este punto, la estrategia militar (el Secretario de Defensa y el Jefe de Estado Mayor Conjunto) y el comandante operacional (el Comandante del Comando Central) tenían definidos los objetivos políticos y militares que el presidente Bush pretendía alcanzar. En este nivel, los mismos podrán ser amplios y a veces no muy definidos; no era este el caso. Esos objetivos están incluidos en el Estado Final Deseado (EFD) que es “la situación política y/o militar que debe existir cuando las operaciones se den por terminadas en términos favorables, en cada uno de los niveles considerados” (Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, 2017, p.18).

Para ello, una parte importante en la previsión de empleo de los medios es la disuasión. La finalidad perseguida es lograr influir en la percepción del adversario, de manera tal de obligarlo a cambiar de actitud, disuadirlo de sus propósitos, “por medio de la amenaza a sus debilidades, de tal modo que el beneficio que espere obtener con un determinado curso de acción le resulte inaceptable en relación al costo (reacción)” (Ejército Argentino, 1992, p.427).

Esto orientó la proyección de poder militar aliado en su primera fase. Es decir, disuadir a Irak de continuar en su postura, asegurando a Arabia Saudita y a los ciudadanos (e intereses) estadounidenses en la región y – de ser posible – obligarlo a retirarse de Kuwait.

Tal efecto sólo sería posible si la amenaza a sus debilidades cumple los requisitos básicos de:

- a) Credibilidad.
- b) Capacidad material (sumada a la voluntad y libertad de acción para poder ejecutarla).
- c) Comunicación (es decir, transmitir al adversario esa voluntad y capacidad para llevar a cabo la amenaza). (Ejército Argentino, 1992, p.427)

Así, la seguridad estaba determinada por la capacidad de disuasión que poseía cada estado (en este caso, además, la Coalición en su conjunto, a partir de su conformación y despliegue), entendida dicha disuasión como la creación de amenazas militares que impidan a los demás actores realizar acciones de agresión (Marcano y Chacón, 2004). Asimismo, seguridad – desde el punto de vista del ámbito militar – implica la doble capacidad de los estados de atacar y/o defenderse, además de las percepciones de cada estado de las intenciones de los otros (Buzan, 1991). Es así que quedó planteada, desde la perspectiva de EEUU y de la Coalición, la necesidad de la opción militar.

Si bien en los apartados siguientes se verá el despliegue completo de la fuerza, en la figura 4 puede apreciarse el poder de combate desarrollado en los primeros días de proyección de medios. Pensado para operar como un punto fuerte, el dispositivo defensivo (llamado operación “Desert Dragon” por ser éste último nombre el indicativo del Cuerpo de Ejército Aerotransportado XVIII) tenía el poder de combate suficiente para lograr la seguridad y disuasión requeridas en esa instancia.



Figura Nro 4: Poder de combate a los 10 días de iniciado el despliegue.  
(Elaboración propia)

A partir de allí, se concibieron sucesivas operaciones defensivas a medida que el poder de combate iba creciendo y el conocimiento del ambiente operacional y de la situación iba en aumento. La figura Nro 5 grafica cómo se estructuró el dispositivo defensivo inicial, en función de los medios disponibles.

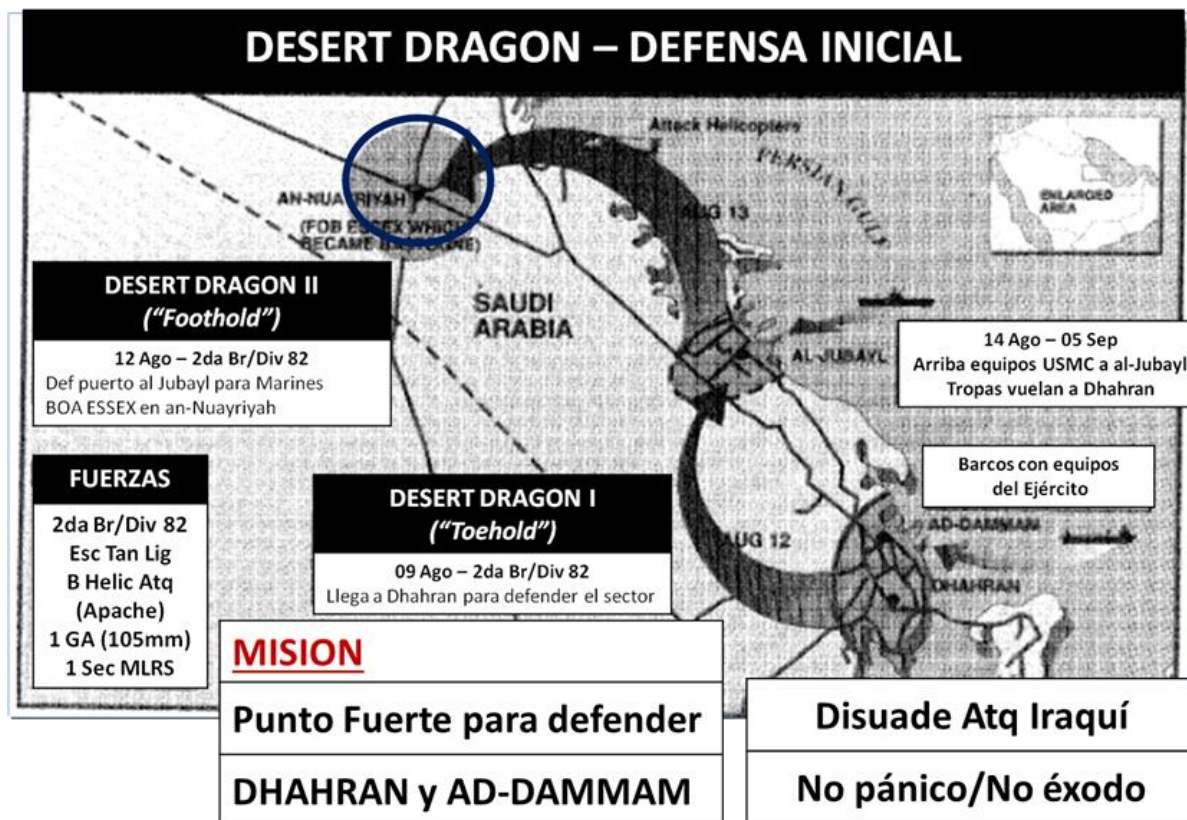


Figura Nro 5: Dispositivo de defensa inicial. (Scales, 1994, p.84. Elaboración propia)

El despliegue inicial de las fuerzas aéreas, navales y terrestres ligeras tenía la intención de establecer – rápidamente – elementos de combate en el teatro, para disuadir a Irak de ejecutar un ataque terrestre y defender puertos y aeródromos claves a lo largo de la costa norte del Golfo en Arabia Saudita. A medida que las fuerzas terrestres más pesadas iban llegando a la zona, el dispositivo defensivo se expandió para bloquear las dos vías de aproximación orientales. La llegada continua de fuerzas blindadas permitiría al general Schwarzkopf contraatacar con una fuerte reserva mecanizada, ante cualquier intento ofensivo de Saddam. El concepto de defensa de área requería establecer defensas iniciales cerca de Al-Jubayl y Dhahran, y usar el poder aéreo para reducir el poder de combate iraquí en forma significativa. La idea era, en esencia, intercambiar espacio por tiempo, mientras las fuerzas de combate estadounidenses se desplegaban en Arabia Saudita (Hardy et al, 2019).

### La proyección del poder militar. Generación de fuerzas. Operación “Escudo del Desierto”

Cuando la política y la diplomacia no logran alcanzar los objetivos y el estado final deseado nacional, se recurre al poder militar. Para un caso de crisis, en cualquier lugar del mundo donde sea necesario recurrir a la opción militar, EEUU alista y despliega su Fuerza de Intervención Rápida.

La Doctrina Carter se había convertido en una piedra angular de la política exterior de EEUU (1983). Para garantizar que teníamos los medios para proteger los intereses estadounidenses en el Golfo Pérsico, Washington había ampliado la Fuerza de Intervención Rápida. En caso de guerra, el Comando Central podría recurrir a un impresionante alarde de fuerza: la 9na Fuerza Aérea, la 1ra Fuerza Expedicionaria de

Infantería de Marina y el Cuerpo de Ejército XVIII (Aerotransportado). (Schwarzkopf, 1994, p.261)

Para su viaje a Arabia Saudita, el general Yeosock le indicó al general Pagonis que le preparara un plan logístico para exponerle al rey Fahd apenas arribaran a Riyadh. Ese plan debía incluir – para ser aprobado por las autoridades saudíes – los requerimientos logísticos más importantes, la previsión del uso de puertos y rutas y las necesidades de mano de obra y transporte con medios locales.

Asimismo, Pagonis determinó las tres primeras tareas que darían forma al desarrollo logístico de la campaña:

- La recepción de las fuerzas a medida que arribaran al Teatro de Operaciones (TO).
- El movimiento de dichas fuerzas hacia sus zonas de empleo.
- El sostenimiento de las fuerzas en su preparación para el combate.

A las 0700 horas del 05 de agosto, Pagonis le explicó su plan al general Yeosock, antes de que éste embarcara con el Secretario de Defensa Dick Cheney y el general Schwarzkopf rumbo al Golfo. Al día siguiente, el rey Fahd produce la invitación a las fuerzas estadounidenses para asistir a la defensa de Arabia Saudita.

Si bien recién el 08 de agosto el presidente Bush anunció el envío de tropas, el mismo día 06, a las 2100 horas, el Comandante del Cuerpo XVIII, general Luck, impartió la orden de alistamiento y despliegue a la brigada de turno (*Division Ready Brigade, DRB*) de la División de Infantería Aerotransportada 82. Esta brigada – la Primera – estaba en condiciones de trasladar en aeronaves un batallón de infantería completo, sin previo aviso, en un plazo de 18 horas. Sin embargo, las otras dos brigadas de la división se encontraban fuera de sus cuarteles, realizando actividades de adiestramiento en dos estados diferentes de EEUU. Además, esa misma medianoche, el Comandante de Cuerpo orientó a todos sus Comandantes de Brigada y Jefes de Unidades. El general Luck explicó la capacidad más probable de las fuerzas iraquíes: continuar atacando hacia el sur, en territorio saudí, para capturar aeropuertos, puertos y campos petrolíferos. En consecuencia, dijo, el Cuerpo debería estar preparado para combatir por los puertos de ingreso al Teatro de Operaciones. Esto implicó otro problema adicional. Los vehículos blindados debían ser transportados en los buques con su munición y combustibles cargados al completo, algo que los responsables de la flota se negaron rotundamente a cumplir. La diferencia terminó zanjándose a nivel político; y las fuerzas blindadas se desplazaron al Golfo Pérsico listas para entrar en combate apenas desembarcaran, con sus abastecimientos de combustibles y munición completos, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial (Scales, 1994).

Las operaciones previstas incluían la defensa de terrenos llaves y la ejecución de ataques preventivos, en la profundidad del dispositivo enemigo, con helicópteros de ataque. Para ello, se cambió la secuencia de despliegue prevista en los planes, para poder embarcar en los primeros contingentes a la Brigada de Aviación de la División. Además, para disponer de mayor poder de combate, se adelantó una batería de lanzadores múltiples de cohetes (MLRS, por su sigla en inglés) (Scales, 1994).

Este aspecto de empleo táctico tiene su correlato en los niveles superiores de la conducción. Siguiendo el axioma de que la táctica no puede corregir los errores de la estrategia, es éste el nivel de diseño de fuerzas y – como en este caso – el responsable de





hombres; además, la operación de puertos y aeropuertos y del sistema de telecomunicaciones local. Asimismo, todo tipo de camiones civiles contratados (especialmente de transporte de material pesado) permitieron el desarrollo de la infraestructura logística necesaria y, posteriormente, sirvieron para colaborar al sostenimiento de la campaña terrestre (Pagonis y Krause, 1994; Scales, 1994).

Aún para la fuerza militar más poderosa del mundo, la proyección estratégica de medios a tan larga distancia es un problema complicado. Los medios militares eran escasos (por ejemplo, una brigada aerotransportada necesitaba de 250 vuelos de C-141 y dispuso de solo 90). Por ello, debió priorizarse el transporte aéreo de lo indispensable para entrar en combate, para una fuerza ligera, a 13.000 kilómetros de distancia; por ejemplo, armas antitanque (Scales, 1994). Como complemento de los medios militares, se debió activar la flota aérea de reserva y la flota naval de transporte militar de reserva. “El tiempo fue un factor esencial. Buques preposicionados, que contenían efectos críticos para el desarrollo de la fuerza – munición, equipos potabilizadores de agua, equipos para la operación de puertos y otros materiales logísticos – facilitaron este proceso” (Pagonis, 1992, p.6).

Con 412 aeronaves para el transporte aéreo estratégico (68 civiles y 344 militares), el Comando de Transporte Estratégico de EEUU completó el mayor despliegue de unidades vía aérea jamás hecho. Del 08 al 26 de agosto, el Comando transportó por modo aéreo a la División Aerotransportada 82 en 244 C-141, 100 C-5 y 40 vuelos comerciales. Además, trasladó simultáneamente al área de operaciones a la División de Asalto Aéreo 101 (entre el 17 Ago y el 25 Sep) en 55 C-5, 62 C-141 y 29 aviones comerciales y a la 1ra MEB (de Infantería de Marina) (25 Ago/22 Sep) en 117 C-5, 33 C-141 y 20 vuelos comerciales. (Mattews y Holt, 1992, pp.42 y 43)

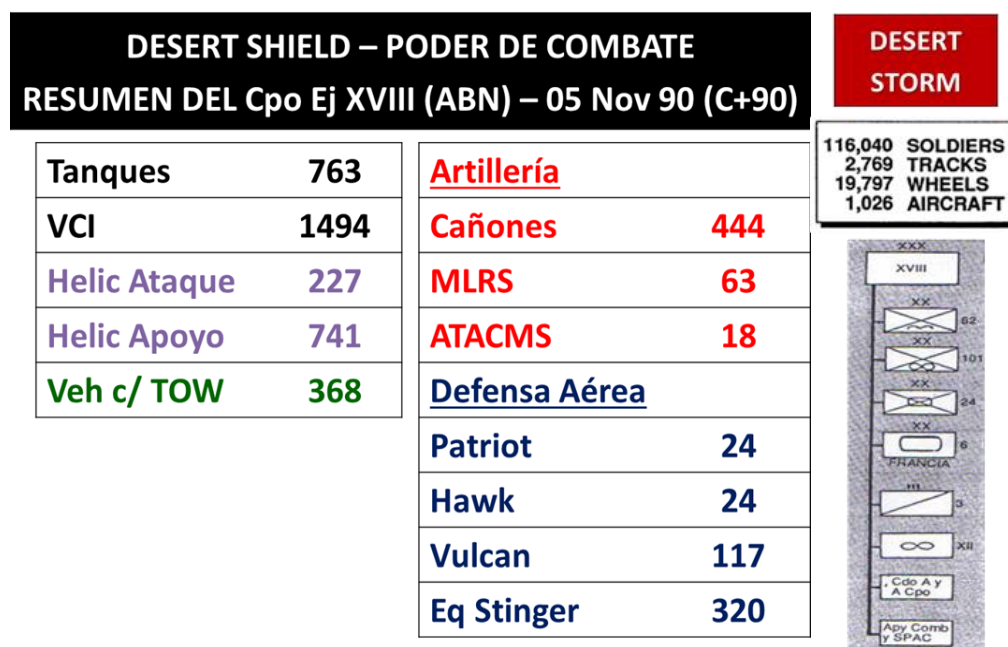


Figura Nro 7: Poder de combate a los 90 días de despliegue, comparado con el Orden de Batalla para la operación ofensiva (a partir del 24 Feb 91). (Elaboración propia)

En la primera semana de noviembre, cumplidos los 90 días desde el inicio del despliegue, el poder de combate del Cuerpo de Ejército XVIII era cercano al 100% de lo previsto para enfrentar al enemigo, como se puede comparar con el cuadro ubicado en el

sector derecho de la figura 7. En dicho cuadro, se aprecia el orden de batalla del Cuerpo y los principales medios disponibles para iniciar las operaciones ofensivas, a partir del 24 de febrero de 1991. En tres meses, se había completado la proyección del poder militar de la Fuerza de Intervención Rápida del Ejército de EEUU (Scales, 1994).

A continuación, la figura Nro 8, muestra el despliegue completo para defender Arabia Saudita y los medios y el personal desplegados, incluso – si fuera necesario – para la ejecución de contraataques.

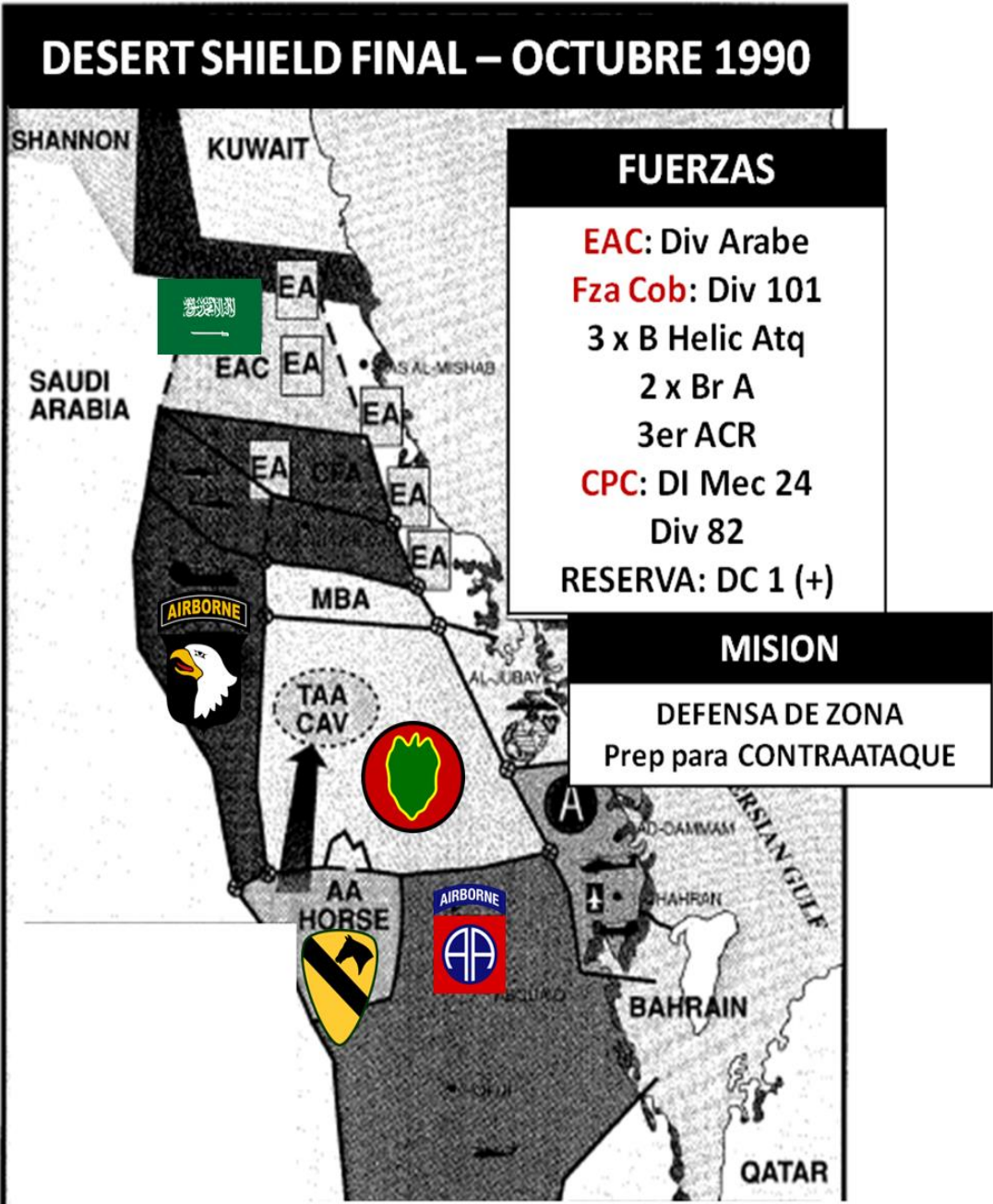


Figura Nro 8: Escudo del Desierto (Desert Shield). Dispositivo de defensa completo. (Scales, 1994, p.95. Elaboración propia)

El dispositivo había sido reforzado con la División de Caballería Blindada 1 (como reserva general) y con fuerzas árabes como escalón seguridad. La operación Escudo del Desierto estaba lista.

Por su parte, complementando la operación, el componente de Infantería de Marina del Comando Central mantuvo fuerzas embarcadas, bajo el comando de la Séptima Flota. Esta acción indujo al comando iraquí, desde el principio de las operaciones, a mantener el foco de atención sobre el mar, además de la amenaza aliada en el desierto, al oeste del dispositivo. Dos brigadas de infantería de marina generaron una importante distracción estratégica, convenciendo a Saddam Hussein de sustraer fuerzas del dispositivo en la frontera con Arabia Saudita y preparar la defensa contra una acción ofensiva desde el mar. Prácticas de desembarcos anfibios en las costas de Arabia Saudita y Omán contribuyeron a mantener esa creencia. Un plan de engaño de un desembarco anfibio de nivel brigada aferró fuerzas iraquíes de magnitud (entre 7 y 11 divisiones) durante un lapso importante de la campaña (Hardy et al, 2019).

Concebida como la opción militar a través de la proyección de fuerzas y el ejercicio de la disuasión, la operación Escudo del Desierto tenía los siguientes objetivos militares:

- Desarrollar la capacidad defensiva necesaria en la región del Golfo para disuadir a Saddam Hussein de continuar sus ataques.
- Defender Arabia Saudita si la disuasión no era efectiva.
- Construir la capacidad militar de la Coalición e integrar a todos sus miembros en los planes operacionales.
- Hacer cumplir las sanciones económicas impuestas en las Resoluciones del CSNU 661 y 665. (Hardy et al, 2019, p.3)

De las experiencias del masivo despliegue, surge que el transporte estratégico funcionó. Sin embargo, era necesaria una mayor capacidad de transporte aéreo y marítimo. El despliegue de medios blindados (y pesados en general) se vio dificultado por la falta de capacidad de transporte marítimo en buques más rápidos y con mejores sistema de carga y descarga de dichos medios (Hardy et al, 2019).

Transporte y movilidad son claves. La habilidad para obtener el apoyo de vehículos de todo tipo, pero particularmente de transporte de equipos pesados, fue esencial. La provisión de combustible, agua, comida, alojamiento y comunicaciones por parte del gobierno saudita fue esencial. Si todo ese apoyo debiera haber sido traído hacia el TO, los problemas hubieran sido mucho más importantes (Pagonis, 1992, p.13).

Debe considerarse que, durante la fase inicial de la campaña, se movilizaron y se desplegaron fuerzas hasta el TO (incluyendo la de los países aliados) sin saber exactamente cuánto iba a durar dicha campaña ni cuántas tropas iban a ser necesarias.

Al mismo tiempo, continuaban las acciones a través de la política exterior. El 09 de enero, el Secretario de Estado James Baker se reunió con su par iraquí, Tarik Aziz, pero no hubo resultados positivos. El 12 de enero, el Congreso de EEUU otorgó la autoridad necesaria al presidente para hacer uso de la fuerza y poner fin a la ocupación iraquí de Kuwait. Ese mismo día, el personal diplomático estadounidense abandonó Bagdad. Las mismas autorizaciones habían recibido – de sus respectivos parlamentos – los gobiernos de Francia, Gran Bretaña e Italia. Otros dos nuevos intentos de convencer a Saddam de cumplir con el

retiro de sus fuerzas antes del 15 de enero (llevados adelante por el Secretario General de la ONU, de visita en Irak, y por el gobierno francés), también fracasaron (Meneses, 1991).

Por su parte, Saddam Hussein intentó acciones de política exterior acordes a su manifiesta intención de romper la Coalición y – eventualmente – colocar a EEUU y sus aliados en una posición sin legitimidad ante la comunidad internacional. Luego de los intensos y dañinos ataques aéreos, el 07 de febrero, Bagdad rompió relaciones con aquellos países que ejecutaban los mismos. A esa lista con EEUU, Gran Bretaña, Francia e Italia, agregó a Arabia Saudita y Egipto, los dos países árabes que integraban la Coalición con “mayor ímpetu”. En la misma intención expresada, mantuvo fuera de su “lista negra” a otros países que eran parte del esfuerzo aliado, tanto árabes como occidentales.

Ninguna de estas acciones iraquíes en el frente diplomático dio los frutos esperados; la Coalición continuó sólida en todo momento. Las naciones poderosas que pudieron tener motivo para ayudarles – la URSS y China – se mantuvieron prudentemente alejadas y las que estuvieron dispuestas a darle algún apoyo – Cuba y Yemen – eran demasiado débiles y aisladas como para hacer algo significativo. (Meneses, 1991, p.388)

En síntesis, se expresan algunas estadísticas que marcan la magnitud del esfuerzo para el desarrollo y despliegue de Escudo del Desierto. Más de 500.000 pasajeros con casi 3.700.000 toneladas de carga (el aproximado de la población de Denver, Colorado (EEUU) con todas sus pertenencias) fueron trasladados a más de 11.000 kilómetros, un recorrido equivalente a la tercera parte del Ecuador (Citino, 2015, pp.388 y 389). Más de 117.000 vehículos a rueda y 12.000 tanques y vehículos blindados, más de 1.700 helicópteros, 41.000 contenedores de carga y 350.000 toneladas de munición sin usar fueron acarreados hasta el TO y devueltos fuera del mismo en más de 500 buques y 10.000 salidas aéreas. Se sirvieron más de 95 millones de raciones de comida y se consumieron 2.500 millones de galones de combustible. Se desplegaron más de 5.000 contratistas civiles. (Pagonis, 1992, p.13)

### **Conclusiones parciales**

La esencia de la disuasión es que nadie quiere atacar a otro más poderoso. Es por eso que la amenaza a las debilidades del enemigo debe reunir las condiciones mencionadas:

Capacidad material: la generación de fuerza de EEUU y la Coalición fue una de las obras maestras del despliegue militar de la era moderna. Los datos estadísticos y las condiciones de empleo de los medios lo grafican claramente. Las fuerzas aliadas lograron una abrumadora relación de poder de combate favorable en cada uno de los enfrentamientos tácticos desarrollados, aun cuando – en algunos de ellos – hubiera superioridad de medios iraquíes. Esto se debió a la determinante ventaja del factor científico-tecnológico y al adiestramiento de las fuerzas aliadas, con EEUU a la cabeza.

Credibilidad: si bien a este punto del análisis no se había empleado la acción directa, la concreción de semejante proyección de poder militar es una señal meridiana de la decisión de su empleo efectivo y violento. De hecho, el rápido y decidido despliegue aliado – aéreo, naval y terrestre – fue uno de las principales causas del cambio de actitud de Saddam Hussein y de la consecuente pérdida de la iniciativa y libertad de acción.

Comunicación: este es un punto polémico. Desde la llegada de los primeros elementos al Golfo hasta el apogeo de Escudo del Desierto, el mensaje le llegó a Saddam Hussein. El

párrafo anterior contribuye a explicarlo: el despliegue era el mensaje. Y ya no solo para defenderse; las fuerzas presentes eran de carácter ofensivo. Su capacidad de destrucción no tenía precedente en la historia, ni siquiera en las imponentes masas de fuerzas de las guerras mundiales. Sin embargo, un detalle muy importante a considerar era que, una vez iniciadas las acciones aéreas y con las redes de comunicaciones e inteligencia y el comando y control seriamente afectados, no se podría saber a ciencia cierta si Saddam Hussein/Irak iba a estar en capacidad de darse cuenta del alto nivel de daño que los ataques Aliados le estaban causando. Así, mientras el efecto físico se estaba logrando, era dudosa la comunicación de esos efectos a los públicos blancos necesarios.

Esta disuasión se logra, también, por la capacidad de generar poder de EEUU en el diseño, construcción y proyección de la Coalición aliada. Su liderazgo es el motor de la disuasión y transmite esa intención de cumplir sus objetivos tanto a aliados como al enemigo. Así lo destaca Brzezinski (1997), desarrollando la idea de EEUU como superpotencia:

La hegemonía es algo tan viejo como la humanidad. Pero la actual supremacía global estadounidense se destaca por la rapidez con la que ha surgido, por su alcance global y por la manera en que se ejerce. En el transcurso de un solo siglo, los Estados Unidos se han transformado a sí mismos – y han sido también transformados por las dinámicas internacionales – de tal manera que un país que estaba relativamente aislado en el continente americano se ha convertido en una potencia con unas capacidades de acceso y de control mundiales sin precedentes. (p.13)

Además de buscar la liberación de Kuwait, “los Estados Unidos se comprometieron con la defensa de la región del Golfo Pérsico en la medida que ello favorecía a sus intereses en materia de seguridad en la parte oriental y occidental de Eurasia” (Brzezinski, 1997, p.16).

La Resolución 678 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas le dio el respaldo legal necesario a las acciones de la Coalición aliada, autorizando el empleo de todos los medios disponibles para garantizar el cumplimiento del mandato de las demás resoluciones, principalmente la liberación de Kuwait y la salida de las tropas iraquíes de su territorio. Sin embargo, en los primeros momentos de acción militar, “gran cantidad de gobernantes y comentaristas quedaron con la sensación de que no se habían explorado todas las alternativas para sacar a Irak por medios pacíficos del país ocupado” (Meneses, 1991, p.386).

Las normas de la Carta de las Naciones Unidas preveían la activación de un Comité de Estado Mayor (artículos 45-47), encargado de la conducción estratégica del cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad. A pesar de la propuesta soviética para su implementación, nunca se hizo, a diferencia de la Guerra de Corea, oportunidad en que se estructuró un comando único bajo la bandera de Naciones Unidas (aun con la predominancia de las fuerzas armadas de EEUU). En 1990, con las acciones en el Golfo Pérsico, se avaló una nueva práctica fuera del espíritu original del sistema establecido en la Carta de las Naciones Unidas.

El Consejo de Seguridad perdió la oportunidad histórica de hacer realidad el sistema de seguridad colectiva instituido en el Capítulo VII de la Carta...Las Naciones Unidas no actuaron en el conflicto del Golfo Pérsico como una verdadera instancia de autoridad internacional.... La indeseablemente alta influencia ejercida por uno de los miembros del CS dio muestras inequívocas de una instrumentalización del mismo frente a los intereses particulares de una (súper) potencia. (Rodríguez González, 2007, p.488)

Así, el Consejo de Seguridad no comprobó el agotamiento o fracaso de todos los medios elegidos por las resoluciones antes de llegar al empleo efectivo del poder militar. Se desistió de las sanciones económicas y de otras opciones estratégicas diferentes a la acción militar directa, propugnando llegar a ésta para la resolución del conflicto. “Si bien legal, fue una licencia perversa, si se considera que la ONU fue establecida preeminentemente, como se proclama en el preámbulo de su Carta, para “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra” (Rodríguez González, 2007, p.506). “Es posible distinguir importantes elementos que sin llegar a cuestionar su legalidad, sí ponen en entredicho su legitimidad.... lo que algunos autores como Weston (1991) califican como injustificado afán de confrontación” (Rodríguez González, 2007, p.487).

Completa Rodríguez González (2007) que a la falta de legitimidad de la Resolución 678 contribuyen cuatro elementos interconectados:

- La indeterminación del origen de la autoridad legal de la resolución.
- La poderosa diplomacia de presión que marcó su adopción.
- Su carácter enteramente irrestricto.
- La precipitada renuncia del Consejo de Seguridad al recurso de sanciones no-violentas, como alternativa posible. (p.487)

Por su parte, Saddam Hussein no supo ni pudo evitar que eso pasara. Incapaz de interpretar una realidad que le era adversa, no tuvo la habilidad de capitalizar la iniciativa, mientras la tuvo, y jamás estuvo ni remotamente cerca de volver a recuperarla. La pérdida de libertad de acción, consecuentemente, fue inmediata y permanente.

Por las características del sistema político que edifica y por el tipo de ambiente cortesano que lo rodea, no hay contrapesos a su visión voluntarista del futuro, existiendo pocas posibilidades para que asimile las lecciones sufridas por otros tiranos de su mismo perfil, en el pasado reciente. (Meneses, 1991, p.380)

## Capítulo 2

### **El empleo (acción militar directa) del instrumento militar de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico (1990-1991)**

*“El resultado no podía ofrecer dudas. La única cuestión era cuánto tiempo tardaría y cuántas bajas le costaría a la Coalición.”*

*Robert Citino, “De la Blitzkrieg a Tormenta del Desierto: la evolución de la guerra a nivel operacional”(2015), p.385.*

#### **El empleo del poder militar. La acción militar directa**

Como marco de referencia para continuar el análisis, se tomará la definición que la doctrina de empleo del instrumento militar terrestre argentino establecía: “La guerra es un conflicto de violencia variable entre bloques de naciones, estados o grupos sociales organizados políticamente, que, respaldados por el empleo de la fuerza, buscan imponer o

salvaguardar sus objetivos políticos o intereses espirituales y materiales esenciales” (Ejército Argentino, 1992, p.428).

La Coalición – con el liderazgo político y militar de EEUU – se volcó por la opción militar al decidir la proyección de sus medios al Golfo Pérsico, con la finalidad de dar cumplimiento a las Resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para la liberación de Kuwait. Esto implicaba la aplicación de la violencia, o estar preparado para ello, en virtud de la aceptación o no, por parte de Irak, de los términos expresados en las mencionadas resoluciones.

Ampliando la definición del primer párrafo, expresaba el reglamento para la Conducción del Instrumento Militar Terrestre:

La decisión de recurrir a la guerra surge de una apreciación política donde se debe evaluar el riesgo y el costo que afrontará la Nación, en relación con los beneficios del logro de los objetivos políticos enfrentados o del perjuicio que surge de postergarlos en el tiempo o el renunciar a ellos. (Ejército Argentino, 1992, p.428)

Este el proceso seguido por la conducción política de EEUU, con el concurso de sus aliados, para decidir el empeñamiento estratégico de sus fuerzas en el Golfo Pérsico. Incluso, teniendo en cuenta que no podía dejarse de actuar, al considerar a esa situación mucho más peligrosa y perjudicial para sus intereses que cualquiera de las opciones estratégicas de acción a elegir para la resolución del conflicto. Es la Doctrina Carter: los intereses nacionales de EEUU están en juego porque están en riesgo sus intereses en el Golfo Pérsico.

Para ello, se plantearon los objetivos políticos ya mencionados en el capítulo anterior: expulsar a Irak de Kuwait, restaurar el gobierno de Kuwait, defender Arabia Saudita y liberar a los rehenes retenidos por entonces por Irak. Para cumplir con esos objetivos, en palabras del Comandante Operacional (el general Schwarzkopf), deberían ir tras el centro de gravedad iraquí, identificado éste en el mismo Saddam Hussein, su capacidad de armas químicas y biológicas y la Guardia Republicana (Scales, 1994; Schwarzkopf, 1994; Clancy y Franks, 2007).

Completando la visión estratégica nacional, una de las principales enseñanzas que le dejó la Guerra de Vietnam a las fuerzas armadas de EEUU – entre muchas – es que no debe iniciarse una campaña, una intervención militar, sin haber definido, claramente, el objetivo (Scales, 1994); como estableciera el presidente Bush, el plan de salida.

En el cumplimiento de estos lineamientos, las intenciones de Schwarzkopf buscaban evitar las principales defensas iraquíes, por lo que era necesaria una aproximación indirecta para afectar el centro de gravedad enemigo. El concepto de centro de gravedad establecía que la capacidad de una nación para la lucha podía ser más rápidamente desarticulada afectando el elemento pivote de su fuerza, el cual al ser atacado podría hacer colapsar a toda la fuerza. Además de las fuerzas militares, un centro de gravedad podía incluir a la conducción política, la economía, una industria crítica o la población (Scales, 1994). La correcta identificación del centro de gravedad del enemigo permitirá concentrar los esfuerzos para afectarlo seriamente; por otra parte, hacerlo con el propio posibilitará su protección. Schwarzkopf identificó a la Guardia Republicana como el centro de gravedad militar primario.



Es así que, desde las primeras etapas de la concepción de las operaciones, en reuniones con su estado mayor ya desplegado en Riyadh, el comandante estableció su pensamiento:

La primera cosa que haremos será atacar su liderazgo y afectar su comando y control. Segundo, debemos ganar y mantener la superioridad aérea. Tercero, necesitamos cortar sus líneas logísticas. También necesitamos destruir su capacidad química, biológica y nuclear. Y, finalmente, tenemos que destruir – no rodear – quiero destruir a la Guardia Republicana. Cuando terminemos con ellos, no quiero que siga siendo una fuerza de combate efectiva. (Clancy y Franks, 2007, pp.202 y 203)

En función de los objetivos políticos y militares impuestos, el Comandante Operacional y su estado mayor pensaron la campaña en cuatro fases:

- Fase 1: Campaña aérea estratégica (con una duración de seis días), enfocados los ataques en afectar el comando y control iraquí, ganar la superioridad aérea y la destrucción de la logística estratégica.
- Fase 2: Ganar la superioridad aérea en el Teatro de Operaciones Kuwait.
- Fase 3: Preparación del campo de batalla. Esto es, ejecución de operaciones aéreas sobre las posiciones de las fuerzas terrestres iraquíes en el Teatro de Operaciones Kuwait (unos 12 días).
- Fase 4: Ataque terrestre. (Clancy y Franks, 2007, p.203)

En una apreciación preliminar y amplia, “las fortalezas de EEUU radicaban en la proyección estratégica de su poder aéreo, la tecnología en las fuerzas terrestres (especialmente en las fuerzas blindadas y para combatir de noche) y en su capacidad de liderazgo” (Clancy y Franks, 2007, p.203).

En el equilibrio entre la generación de fuerzas, la ocupación de posiciones relativas favorables para iniciar las operaciones terrestres, el engaño buscado y el logro de la sorpresa, el desarrollo logístico y el despliegue de la fuerza debían ser demorados “hasta el último momento posible, en orden a convencer a los iraquíes de que el ataque sería directamente sobre ellos a través de Kuwait, en lugar del que se iba a producir sobre su flanco, mucho más al oeste” (Scales, 1994, p.133).

### **La amenaza iraquí**

Desde el primer momento de la invasión a Kuwait, Irak comenzó a construir poder de combate en el territorio ocupado. Una vez controlados los objetivos iniciales (la ciudad de Kuwait y las principales líneas de comunicación con el sur de Irak), varias divisiones del Ejército regular avanzaron desde el sur de Irak, reemplazando a las divisiones de la Guardia Republicana.

También en este caso, en un análisis preliminar y amplio, la fortaleza iraquí estaba en el volumen de su fuerza terrestre (al momento inicial unas 26 divisiones) y su capacidad de guerra química. En el mismo orden, su debilidad era la sobrecentralización de su comando y control, las líneas de sostenimiento logístico (luchaban de día y se reabastecían de noche) y su limitado poder aéreo. Así como las propias capacidades de una organización trabajando

sinérgicamente logran efectos superadores, las debilidades expresadas de las fuerzas iraquíes se afectaban mutuamente y perjudicaban las posibilidades de empleo. Sin embargo, este relevo de elementos fue preocupante para el Comando Aliado, porque permitió a las fuerzas iraquíes mejor preparadas y equipadas – la Guardia Republicana – retornar a Irak, ya sea para desempeñarse como reserva general del dispositivo como para continuar, a orden, el ataque sobre Arabia Saudita.

Asimismo, las unidades desplegadas sobre el límite con Arabia Saudita no mostraron indicios de iniciar trabajos de tierra para defenderse ni comenzaron a desplegar sus abastecimientos. Los informes de inteligencia de EEUU interpretaron dichos indicios como la capacidad iraquí de continuar su ataque hacia el sur. En el mismo sentido, el Cuerpo de Ejército III (Blindado), guarnicionado en Basrah, se adelantó con todos sus medios hasta ocupar zonas de reunión en diferentes sectores cercanos a la frontera iraquí, en capacidad de conformar un segundo escalón de ataque de la Guardia Republicana.

**La pausa de Saddam.** Sin embargo, a pesar de la rápida captura de Kuwait y la construcción de una postura ofensiva inicial, entre el 03 y el 15 de agosto, Saddam Hussein hace una pausa en el desarrollo de su actitud de ataque, probablemente muy sorprendido por la reacción internacional, respaldando a EEUU que lideraba la misma.

Ante esta situación, las fuentes de inteligencia estadounidenses apreciaron que Irak se planteó tres opciones (Scales, 1994):

- 1) Retirarse de Kuwait, en función de la presión de la comunidad internacional, en el marco de algún tipo de acuerdo avalado por los países árabes.
- 2) Hacerse fuerte en Kuwait – lo que se fue conociendo como la “Fortaleza Kuwait” – opción que buscaba disuadir a EEUU y a la creciente Coalición de cualquier intento de atacarlo. Este modo de acción también afectaría el balance regional, ya que la permanencia de Irak en el territorio kuwaití seguía siendo amenazante para algunos de los países árabes.
- 3) Ejecutar un ataque para sorprender a la Coalición, con la finalidad de capturar los campos petrolíferos en Arabia Saudita y un número importante de rehenes occidentales.

A su vez, esta opción ofensiva contemplaba dos variantes:

- Un ataque a gran escala: buscando la captura de ciudades clave (al-Jubayl, Dhahran y Riyadh, con el empleo de 8/9 divisiones; las del Cuerpo de Ejército III (Blindado) como primer escalón y la Guardia Republicana a continuación, para conquistar Dhahran. Este ataque penetraría hasta 300 kilómetros en Arabia Saudita (el doble de la extensión de Kuwait) y podría provocar la caída de la monarquía saudí y un fuerte desbalance regional. Una desventaja de esta opción serían las serias falencias logísticas ya demostradas por las fuerzas iraquíes. Su preparación llevaría de uno a dos días, permitiendo una alerta de 12/24 horas a las fuerzas de la Coalición.
- Un ataque limitado: hasta unos 80 kilómetros al sur de la frontera, capturando Hafar al-Batin y la Ciudad Militar Rey Khalid. Este ataque se ejecutaría con 2/3 divisiones pesadas, sin mucha preparación, permitiendo una alerta de 6/8 horas. Se preveía que esta acción ofensiva lograría desarmar la unión de la Coalición (en particular,

terminar con el apoyo de los países árabes) y, eventualmente, provocar la caída de la monarquía saudí.

A partir de este análisis, la conducción política y militar de EEUU y sus aliados decidió acelerar la proyección de fuerzas militares a la región, a los fines de hacer frente a cualquiera de estas variantes. Aun cuando el peligro de que Irak continuara atacando seguía latente, la decidida reacción de EEUU y sus aliados a partir del 08 de agosto impuso una pausa a Saddam Hussein. Además del relevo ya mencionado de las divisiones de la Guardia Republicana por las del Cuerpo de Ejército III (Blindado), para que aquellas se retiraran del Teatro de Operaciones Kuwait, Irak inició la convocatoria de 14 divisiones de la reserva y comenzó negociaciones con Irán. Con la promesa de concesiones territoriales (en litigio a caballo de la reciente guerra entre ambos países), buscaba sustraer fuerzas entonces empeñadas en el frente con los iraníes para reforzar el Teatro de Operaciones Kuwait.

Es el cambio de actitud estratégica de Saddam Hussein. A partir de ese momento, empezó a perder la iniciativa, permitiendo – durante varias semanas de peligroso equilibrio – la construcción del poder de combate de la Coalición: Escudo del Desierto para defenderse; Tormenta del Desierto para liberar Kuwait, expulsando a los iraquíes. “Lo que fue un hecho es: la rápida aplicación de movilidad estratégica – la proyección de fuerzas aéreas, navales y terrestres al Teatro – permitieron cumplir con la misión defensiva” (Pagonis, 1992, p.199).

**La “Fortaleza Kuwait”.** La actitud estratégica defensiva de Saddam llegó a su apogeo a principios de octubre de 1990, en paralelo con la construcción del poder militar de la Coalición en la región. En esa época, se consolidó la “Fortaleza Kuwait”, un dispositivo a amplia escala, que escalonaba la defensa desde Kuwait hasta la profundidad del sur iraquí.

Como se puede apreciar en la figura 9, 22 divisiones constituían el poder de combate iraquí en el Teatro de Operaciones Kuwait; 13 de ellas ligeras, las otras 9 pesadas. El dispositivo mostraba a 14 divisiones en el primer escalón defensivo – en Kuwait – con 10 divisiones en el Escalón Defensivo de Primera Línea (EDPL) (probablemente el Cuerpo de Ejército III) y 4 divisiones como reserva local (Cuerpo de Ejército IV). Como reserva del Teatro de Operaciones, ocupando amplias zonas de reunión en el sur del territorio iraquí, 8 divisiones (5 de ellas pesadas), seis pertenecientes a la Guardia Republicana y dos al ejército regular.

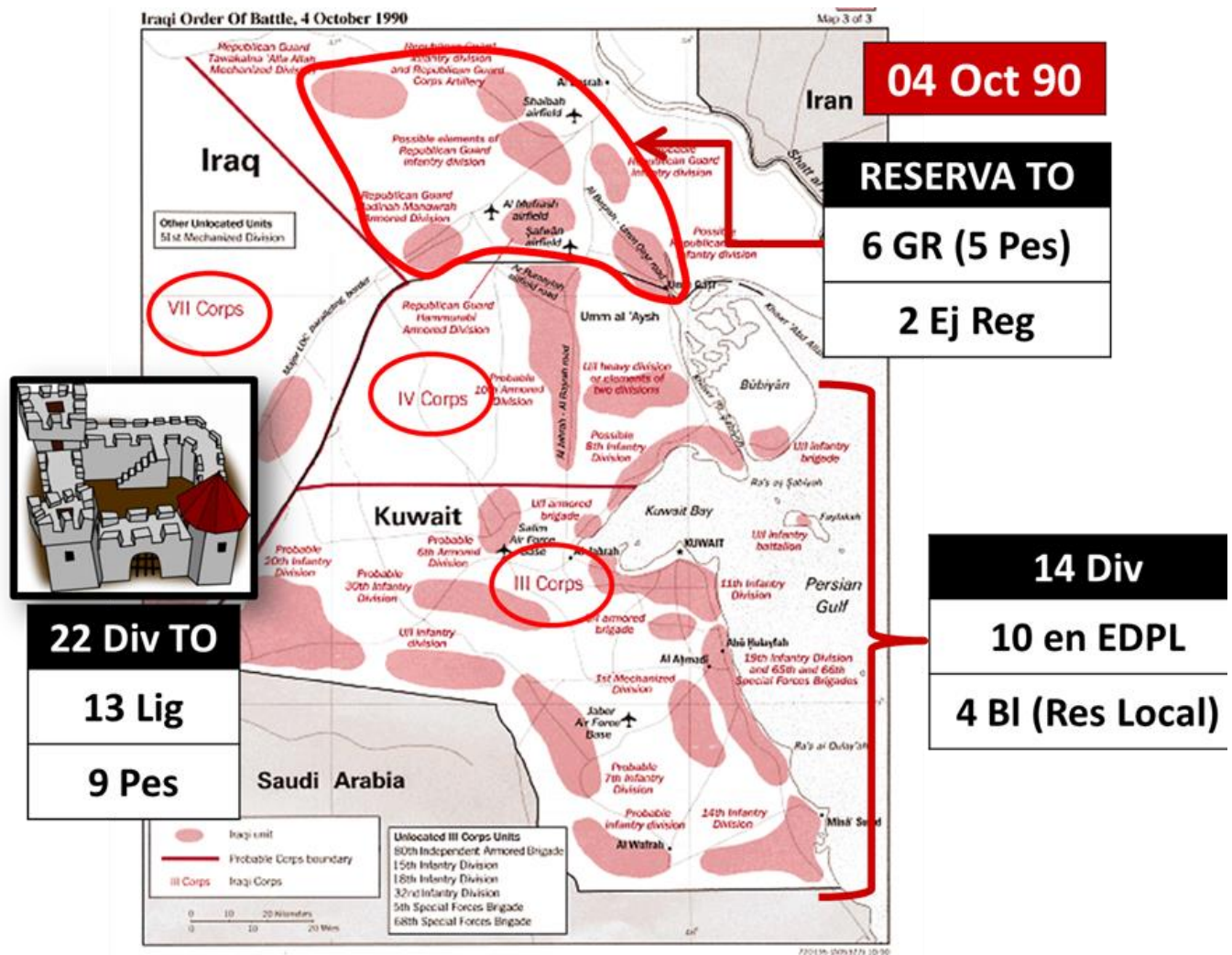


Figura Nro 9: “Fortaleza Kuwait”. Dispositivo de defensa iraquí al 04 de octubre de 1990. (CIA, 2019. Elaboración propia)

Estas fuerzas se agrupaban en un sistema integrado de obstáculos, fortificaciones, concentraciones de fuego indirecto y barreras y comunicaciones, con importantes trabajos de tierra en la primera línea de defensa y capacidad de contraataques y/o bloqueos con fuerzas blindadas detrás de ella. Desde el sector norte del Teatro, una importante y bien equipada reserva (la masa de las divisiones de la Guardia Republicana), con la capacidad de ejecutar contraataques multidivisionales.

Finalmente, las apreciaciones del Comando Aliado concluyeron que Irak intentaría disuadir la acción de la Coalición a través de la ejecución de una fuerte defensa, que – cualquiera fuera el caso – no abandonaría Kuwait sin combatir en forma considerable y, por último, que la amenaza de una operación ofensiva iraquí seguía vigente, por lo menos hasta pasado el mes de octubre.

### Los ataques a Israel. El intento de Saddam Hussein de romper la Coalición

A partir del 06 de agosto, Israel expresó su determinación de participar en cualquier intento militar para evitar una agresión en contra de Arabia Saudita, si esto era solicitado por EEUU. Sin embargo, este planteo, más que una ayuda, era un problema para la Coalición. Si

se produjera cualquier enfrentamiento Irak-Israel, esta situación atentaría contra la creación en ciernes de dicha alianza y desviaría la atención internacional, por ahora focalizada sobre la agresión iraquí hacia Kuwait. Por ello, EEUU hizo un importante esfuerzo a lo largo de la campaña para contener cualquier reacción israelí y abogó para que el estado judío mantuviera el perfil más bajo posible.

El 18 de enero, en respuesta por los ataques aéreos de la Coalición, Saddam Hussein lanzó el primero de los 86 misiles Scuds modificados en contra de Israel y Arabia Saudita. El día siguiente, 8 misiles cayeron en Israel, hiriendo a 47 personas y causando daños importantes en la propiedad civil.

Como se expresara, EEUU tomó acciones inusuales para convencer a Israel de no responder a los ataques misilísticos de Irak, destinando una parte significativa de sus medios aéreos en los esfuerzos para destruir a los Scuds. En el otoño, el presidente Bush había autorizado la entrega a Israel de dos baterías de misiles de defensa aérea Patriot y el adiestramiento de operadores israelíes para su empleo. Después de los primeros ataques con Scuds, Israel aceptó cuatro baterías más, con operadores estadounidenses. El primer ministro israelí Shamir fue contactado por el presidente Bush, convenciéndolo de esperar antes que contestar. En menos de 27 horas, dos baterías de la Brigada de Defensa Aérea 10 del Ejército de EEUU – con guarnición en Darmstadt, Alemania – estaban en posición en Israel. Usando una combinación de medios aéreos militares de EEUU y de la aerolínea israelí El Al, las baterías se desplegaron por primera vez fuera de Europa, quedando completamente operables en tres días, justo antes del nuevo ataque de misiles iraquíes. Los misiles tácticos Patriot fueron una herramienta política esencial para mantener a Israel fuera de la guerra (Hardy et al, 2019).

La decisión de Israel de no responder militarmente a Irak le negó a Saddam Hussein uno de sus objetivos claves, contribuyendo enormemente a mantener unida a la Coalición. El decidido y creciente apoyo de EEUU le permitió a Tel Aviv mantener su postura ante una provocación tan violenta. Esta actitud estratégica favoreció, finalmente, los intereses nacionales de Israel, en la misma forma que los de EEUU y de los miembros de la Coalición y contó con el apoyo mayoritario de su clase dirigente y de su población. Sin duda, fue su mejor opción política en ese momento y circunstancia del conflicto.

### **Operación “Tormenta del Desierto”. La fase aérea de la campaña**

“La ofensiva fue precedida por el más riguroso ataque aéreo de la historia militar” (Citino, 2015, p.393). A las 0130 horas del 17 de enero de 1991, buques de guerra de la Armada de EEUU ejecutaron el ataque con misiles Tomahawk sobre Bagdad, iniciando la operación Tormenta del Desierto. Horas antes, aviones bombarderos B-52 despegaron de su base en Louisiana, EEUU, llevando misiles crucero. Aviones caza volaron hacia sus blancos en Bagdad y en Irak Occidental y otras aeronaves atacaron radares de alerta temprana. Intensos ataques aéreos ocurrían en todo Irak. En pocas horas, centros de comando y control, redes de defensa aérea y otros centros de gravedad fueron seriamente afectados.

Esta vez, el Comandante de la Fuerza Aérea del Comando Central (CENTAF), teniente general Charles A. Horner, tenía tanto la tecnología para apuntar al blanco con mucha más precisión que en ninguna otra guerra anterior como el músculo para bombardear prácticamente cualquier objetivo que él o el general Schwarzkopf desearan. (Citino, 2015, pp.393 y 394)

Las operaciones aéreas se podían dividir – por lo menos para su ordenamiento teórico – en tres fases. La fase 1, el ataque estratégico sobre Irak; La fase 2, la búsqueda de la superioridad aérea sobre el Teatro de Operaciones Kuwait (TOK); la fase 3, las acciones aéreas para la preparación del campo de batalla (que incluía las operaciones contra las fuerzas terrestres iraquíes en el TOK y el apoyo aéreo cercano a la campaña terrestre). Aun cuando fueran cumpliéndose los objetivos parciales y se fuera cambiando a las fases siguientes, acciones aéreas de las fases 1 y 2 se mantuvieron durante toda la campaña. Sin embargo, a partir del día 13 de operaciones, la masa de los ataques aéreos se ejecutó en función de los objetivos de la fase 3. De hecho, desde su comienzo en las primeras horas de la mañana del 17 de enero, las operaciones aéreas bascularon repetidamente desde una fase a otra y luego de vuelta, otra vez, a la primera.

Horner diría después que la terminología de “tantas fases” era principalmente para el consumo de la opinión pública, incluyendo la del presidente de EEUU: “debías tener fases”, dijo Horner posteriormente, “porque sabías que tendrías que informar al presidente, así que debía hacerse de una manera comprensible, tenía que tener sentido y ser completa. (Citino, 2015, p.394)

Debido al éxito de las dos primeras fases, se afectó seriamente la capacidad de comando, control y comunicaciones iraquíes, se destruyeron sus defensas aéreas estratégicas y se eliminaron sus sistemas de misiles superficie-aire y la artillería antiaérea de gran calibre. Así, la Coalición alcanzó la superioridad aérea el día D+10.

Con las aeronaves aliadas volando sin oposición o amenaza, los ataques sobre las fuerzas iraquíes se sostuvieron hasta el fin de la campaña. Las rutas quedaron inservibles, la capacidad de comando y control iraquí anulada, tanques y equipos destruidos, la cadena de abastecimiento interrumpida y la moral de las tropas de Saddam Hussein quebrada.

En gran parte, el éxito de la ofensiva terrestre, la rápida conclusión de la guerra y el reducido número de bajas aliadas, fue resultado de los esfuerzos combinados de las fuerzas aéreas de la Coalición.

Sin embargo, un problema serio para el componente aéreo de la Coalición fue el necesario desvío de recursos aéreos masivos para cazar a las lanzaderas móviles de misiles Scuds en el desierto. Finalmente, el Comando Central tuvo que dedicar una cantidad sustancial de su poder aéreo para contrarrestar la amenaza de los Scuds, ya que – como se mencionara anteriormente – Irak lanzó repetidos ataques de misiles contra Israel, a partir del segundo día de iniciada la fase aérea de la campaña aliada (Citino, 2015; Hardy et al, 2019).

Por su parte, la fuerza aérea iraquí no fue una variable que afectara la ejecución de las acciones aéreas de la Coalición. Muy pocos aviones iraquíes lograron despegar y fueron rápidamente destruidos por las aeronaves de los aliados. “En cuestión de una semana, una gran parte de la fuerza aérea iraquí había sido destruida y los aviones que sobrevivieron lo hicieron escapando a Irán” (Citino, 2015, p.396).

### **Operación “Tormenta del Desierto”. La fase terrestre de la campaña**

Después de seis meses de generación de fuerzas, preparación y despliegue, bloqueo marítimo y bombardeo aéreo, comenzó la fase terrestre de la guerra. Los objetivos a alcanzar:

destruir a la Guardia Republicana y expulsar a las fuerzas iraquíes de Kuwait, a fin de restaurar la soberanía del gobierno kuwaití. Para lograrlos, se concibió – finalmente – un plan terrestre que contemplaba un amplio involucrimiento al oeste de Kuwait, para destruir a la Guardia Republicana, a la vez que obligaba a las fuerzas iraquíes a combatir desde un frente y en lugares no esperados.

Como se puede apreciar en la figura 10, el ataque se inició simultáneamente en todo el frente, la frontera sur de Irak con Kuwait y Arabia Saudita, a las 0400 horas del 24 de febrero de 1991.

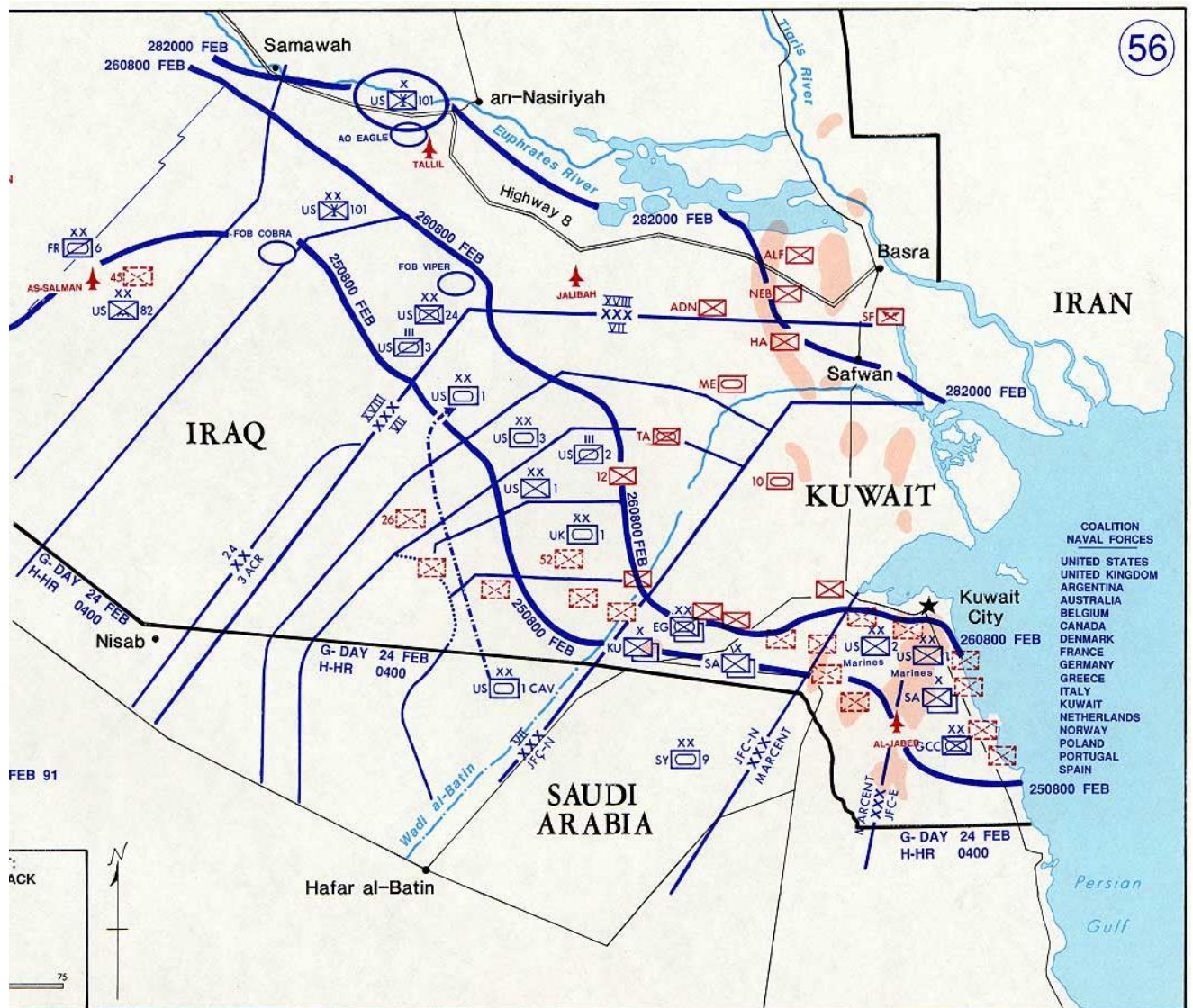


Figura Nro 10: Tormenta del Desierto. Secuencia de la ofensiva terrestre. (USMA, 2019)

Al este, un ataque secundario llevado adelante con el aporte principal de la Fuerza Expedicionaria de Infantería de Marina (I MEF) y las fuerzas árabes de la Coalición (incluyendo las kuwaitíes). Este esfuerzo buscaba aferrar las fuerzas iraquíes en Kuwait, a la vez que permitía que el reino fuera recuperado por fuerzas árabes (con el necesario y vital apoyo de la Infantería de Marina y los blindados del Ejército de EEUU). Hacia el oeste, y ya avanzando por territorio iraquí, el ataque principal. El poderoso Cuerpo de Ejército VII (en su

punto de mayor fuerza, 4 divisiones blindadas – una de ellas británica – y una división mecanizada) en una amplia maniobra de envolvimiento (“*The Left Hook*”<sup>3</sup>), con el objetivo de encontrar y destruir al núcleo blindado de la Guardia Republicana, centro de gravedad del enemigo que debía ser afectado. Más al oeste aún, el Cuerpo de Ejército XVIII (Aerotransportado) (dos divisiones ligeras y una mecanizada), asegurando el flanco oeste del ataque principal, buscando la profundidad del dispositivo iraquí y cortando las líneas de comunicaciones y los caminos de repliegue de sus fuerzas. Dentro de su orden de batalla, la División de Asalto Aéreo 101, proyectando poder de combate por más de 300 kilómetros, donde “más de 300 helicópteros tomaron parte en el transporte de las tropas, la mayor operación de asalto aéreo de la historia” (Citino, 2015, p.397). En el extremo oeste, como seguridad de ese flanco de toda la maniobra, la División de Exploración Francesa 6. Finalmente, dos brigadas de infantería de marina embarcadas, haciendo las veces de reserva como de engaño al comando iraquí, en la amenaza permanente de un desembarco anfibio desde las aguas del Golfo Pérsico.

El primer día de la ofensiva terrestre, los elementos del Cuerpo de Ejército XVIII penetraron profundamente en Irak, proyectando poder de combate a través de bases de operaciones adelantadas en territorio iraquí. Esta maniobra permitió cortar las líneas de comunicaciones al enemigo, a la vez que aseguraba el flanco del avance del Cuerpo VII, ataque principal. La combinación de las acciones aéreas con la sorpresa de la maniobra del Cuerpo XVIII permitió adelantar cerca de quince horas dicho ataque principal, contra la Guardia Republicana. Este sector, a su vez, no fue tan rápido como el flanco, por la mayor organización del terreno y oposición de las fuerzas enemigas. Sin embargo, al fin del día 24, el ataque principal había penetrado más de 30 kilómetros en el dispositivo de defensa iraquí. Por su parte, el ataque sobre Kuwait de la I MEF (reforzado con la Brigada “Tigre” de la División Blindada 2) y de las fuerzas árabes progresó favorablemente a lo largo de un frente de casi 500 kilómetros. Todas estas fuerzas estaban bajo el comando del general saudí Khalid bin Sultan, en una posición similar al general Yeosock, Comandante del Componente Terrestre de la Coalición. La intención de tal caso fue darle al príncipe saudí un rol protagónico, al mando de las fuerzas árabes que liberaban Kuwait, si bien Schwarzkopf no le dio mucha libertad de acción en el empleo de las fuerzas.

En el segundo día de la campaña el Cuerpo Aerotransportado XVIII continuó su progreso prácticamente sin oposición. La 3ra Brigada de la División 101 realizó un asalto aeromóvil a 280 km al norte de su zona de concentración en la frontera, hasta la misma orilla del Éufrates, inmediatamente al oeste de an-Nasiriyah. Fue el asalto aéreo más profundo de la historia. (Citino, 2015, p.399)

Esto permitió asegurar los objetivos asignados, establecer una importante base de operaciones avanzada y posiciones de bloqueo, de magnitud brigada, en la línea del río Éufrates. Mientras tanto, surgieron diferentes dificultades en la apertura de brecha del Cuerpo VII y en los sectores de las fuerzas sirias y egipcias, generando un espacio de debilidad importante en el ataque aliado. El comandante del Cuerpo VII, general Fred Franks, ordenó el desplazamiento de fuerzas para resolver dicho problema y, al terminar la mañana del día 25 de febrero, el avance de las fuerzas mencionadas continuó sin mayores inconvenientes. En todo el frente del avance, la figura 10 muestra el progreso de las fuerzas, encontrando los infantes de marina un día de fuertes combates y contraataques locales de las fuerzas iraquíes.

---

<sup>3</sup> “*El gancho de izquierda*” es el nombre que algunos planificadores le dieron a la amplia maniobra de envolvimiento de las fuerzas terrestres aliadas, emulando otros famosos en la historia, entre ellos el Plan Schlieffen.



La 5ta Brigada de Infantería de Marina – una de las que estaban en buques – desembarcó en al Mishab, unos 50 kilómetros al sur de la frontera con Kuwait, contribuyendo a mantener el engaño, a la vez que se constituía como reserva de las fuerzas de infantería de marina estadounidenses que atacaban hacia el norte del territorio kuwaití.

El día 26 de febrero, el Cuerpo XVIII continuó su avance, dirigiéndose ahora en dirección al este, alcanzando el valle del río Éufrates. En esta maniobra, se enfrentó con importantes elementos de la Guardia Republicana, encontrando – la División Mecanizada 24 – la resistencia más fuerte de toda la guerra, incluyendo intensos intercambios de artillería. Sus elementos llegaron a an-Nasiriyah y al aeródromo de Jalibah. El Cuerpo VII choca, a su vez, con dos divisiones blindadas de la Guardia Republicana. En este enfrentamiento, conocido como la “Batalla 73 Easting”, el 2do Regimiento de Caballería Blindada, elemento de exploración del Cuerpo, destruyó – en seis minutos de combate – a los 37 tanques T-72 de la División Tawakalna que se le enfrentaron. Al este, en el sector de la I MEF, la División de Infantería de Marina 1 llegó al Aeropuerto Internacional de Kuwait, donde encontró fuerte resistencia blindada, logrando destruir unos 300 tanques iraquíes. Más al norte, la 2da División, cortó los caminos de repliegue hacia Basra. Mientras tanto, continuaron los intensos ataques aéreos sobre la Autopista 8, única ruta de escape de las fuerzas iraquíes para salir de Kuwait en ese sector. Por su parte, el Cuerpo XVIII cerró el cerco sobre Basra, desde el noroeste.

Para el día 27, cientos de vehículos iraquíes quedaban destruidos a lo largo de la Autopista 8; las pérdidas aliadas, por su parte, reflejaban un número muy bajo, especialmente en relación con lo esperado. El ataque del Cuerpo de Ejército VII se realizaba a mayor velocidad, avanzando hacia Kuwait. Cinco divisiones blindadas se enfrentaron con la Guardia Republicana y otros elementos iraquíes dispersos, constituyendo la mayor fuerza blindada desde la Segunda Guerra Mundial. Este ataque continuó hasta efectivizar el cese del fuego. Temprano en la mañana, la 1ra División de Infantería de Marina capturó el Aeropuerto Internacional de Kuwait. Ejecutando un relevo por sobrepasaje de esta gran unidad de batalla, las fuerzas árabes entraron a la ciudad de Kuwait.

El día 28 de febrero de 1991 el presidente Bush ordenó el alto el fuego. Kuwait había sido recuperado y el ejército iraquí, incluyendo la Guardia Republicana, estaba en repliegue, habiendo perdido toda capacidad de ejecutar una resistencia organizada.

### **Conclusiones parciales**

Agotadas unilateralmente las opciones de resolución del conflicto que no implicaban el empleo efectivo del instrumento militar, la Coalición – con el liderazgo e intenciones de EEUU – decide dar inicio a la opción estratégica de acción directa del poder militar.

El empleo directo de los medios militares permitió el cumplimiento del estado final deseado estratégico nacional y militar con el que se dio inicio al planeamiento de la campaña, guiando, a su vez, su ejecución. Siendo éstos planteados por el presidente de EEUU, sin embargo, se transformaron en los que, también, persiguió la Coalición, en cumplimiento – por lo menos desde el punto de vista legal – de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

De todas formas, cuando el Jefe de Estado Mayor Conjunto fuerza el cese el fuego – entre otras condiciones por la difusión en los medios masivos de comunicación

internacionales de imágenes de columnas de vehículos iraquíes destruidos en su intento de repliegue fuera del Teatro de Operaciones – algunos objetivos de nivel operacional no se habían logrado. Para entonces, los niveles de conducción estratégico nacional y militar creían ya alcanzados y satisfechos sus estados finales deseados. Sin embargo, el comandante operacional aun no consideraba cumplido el de su nivel, principalmente porque el centro de gravedad enemigo, la Guardia Republicana, no había sido destruido. Como lo fue en este caso, el Comandante Operacional (presente en el Teatro de Operaciones), el Jefe del Estado Mayor Conjunto (Estrategia militar) y el Presidente – estos dos últimos en Washington – deben estar en permanente comunicación, de manera tal de actualizarse mutuamente del estado de cumplimiento de los objetivos y de cualquier eventual ajuste de los mismos. El comandante operacional no debe perder el foco de los objetivos y estados deseados impuestos. Asimismo, su conducción operacional es la que regula y sostiene el ritmo de las operaciones tácticas, de los componentes terrestre, aéreo y naval.

Un claro plan de salida – establecido por quien era de facto el líder de la Coalición, el presidente de EEUU – permitió establecer objetivos identificables y mensurables, aun los de más alto nivel de conducción, consolidando estados finales deseados cumplibles y orientadores del planeamiento y la ejecución de la campaña.

Una vez iniciadas las operaciones, el resultado fue avasallante. “Disfrutando de un dominio total del cielo, con el apoyo de un enorme complemento de helicópteros de ataque y con absoluta superioridad en hombres, equipo y municiones, el ataque norteamericano se hizo irresistible” (Citino, 2015, p.400).

La decidida respuesta de EEUU y sus aliados, a través de acciones de todos los factores de su potencial nacional – principalmente militar, económico y diplomático – sorprendió a Saddam Hussein, que permanecía en el autoengaño de sus propias incapacidades, siendo ya consciente de lo efímero de su triunfo en Kuwait, en cuanto al valor real de sus fuerzas armadas. Saddam Hussein se detiene y las opciones ofensivas que se le presentan son difícilmente aptas y factibles, seguramente no sean aceptables. La opción defensiva – a la sazón la “Fortaleza Kuwait” – determina su cambio de actitud operacional; pierde la iniciativa, la cede al enemigo que, si bien todavía no está en condiciones de atacarlo, genera poder de combate día a día, desbalanceando la relación a su favor. En estas semanas, existe una ventana de riesgo para la fuerza de la Coalición en desarrollo, la que Irak puede intentar explotar. Eso no sucede y, con el despliegue completo, la ventana se cierra. Escudo del Desierto cumplió sus objetivos. A partir del 17 de enero, con el inicio de las acciones aéreas, Irak pierde toda capacidad de reacción ni puede funcionar coherentemente en el conjunto de sus medios. Finalmente, el resultado de Tormenta del Desierto es aplastador.

El intento de Saddam Hussein de empeñar directamente a Israel, a través de la violenta provocación que significaron los ataques misilísticos con Scuds, no logró su cometido. Un rápido, decidido y comprometido esfuerzo estadounidense logró convencer a la conducción israelí de no reaccionar a la agresión iraquí, decisión que también apoyo su población. Cualquier respuesta militar de Israel hubiera destruido la unión de la Coalición y comprometido el mismísimo apoyo de la nación huésped, Arabia Saudita.

Finalmente, el empleo efectivo del instrumento militar debe contemplar – como parte del plan de salida mencionado – el desarrollo de una fortaleza suficiente para poder seguir apoyando el logro de los objetivos nacionales que orientaron sus acciones.

El Potencial Nacional, deberá estar en condiciones no sólo de apoyar el desarrollo de la guerra, sino de absorber sus daños, la propia recuperación y en especial, estar aún en fuerza después de la guerra, para imponer y mantener los objetivos políticos fijados. Si esta exigencia posterior al conflicto no fuese satisfecha, la guerra habría sido realizada sin considerar su finalidad, perdiendo toda razón y sentido. (Ejército Argentino, 1992, p.429)

### Capítulo 3

#### Los conceptos de seguridad y securitización

#### La securitización y el empleo del factor militar en los conflictos contemporáneos

*“Conflictos regionales, guerras civiles, insurgencia, terrorismo...he ahí los riesgos más persistentes y difundidos que amenazan al flujo global del petróleo en estos comienzos del siglo XX. Como he explicado, casi todas las grandes regiones productoras de crudo se han visto afectadas por disturbios violentos de una u otra especie, y esa circunstancia contribuye a la probabilidad de una implicación militar estadounidense”.*

*Michael Klare, “Sangre y petróleo. Peligros y consecuencias de la dependencia del crudo.”(2006)*

#### El concepto de seguridad

El punto de partida para esta parte del trabajo implica considerar la seguridad desde una visión amplia. En la idea de Barry Buzan (1991) se considera como “la persecución de la libertad de la amenaza y la habilidad de los estados y sociedades para mantener su entidad independiente y su integridad funcional contra fuerzas de cambio que ellos vean como hostiles” (p.432).

Se habla en términos de amenaza-defensa y el estado tiene el rol esencial en su abordaje (Waeber, 1995). En ese sentido, los problemas de seguridad son eventos que amenazan la soberanía o la independencia de un estado, con cierta urgencia, y afectan su libertad de acción, alterando el ordenamiento político. “Debido a que algunos administran la seguridad mientras que otros reciben seguridad, ésta produce relaciones de poder desiguales entre las personas” (Eroukhmanoff, 2017, p.105).

La Guerra Fría militarizó la seguridad internacional, poniéndola en términos de un enfrentamiento armado global y muy probable. El planeta se dividió en un Primer Mundo (Occidente, el Norte industrializado) y un Segundo Mundo (el bloque soviético). El Tercer Mundo (el resto), ya con hostilidades entre estados, recibió este impulso de preocupaciones políticas y militares que dominaron la agenda de seguridad. Con la desintegración del Segundo Mundo, a partir de la década del noventa, los asuntos económicos, sociales y ambientales ocupan los espacios que la confrontación política/militar deja vacíos (Buzan, 1991). La Guerra del Golfo (1990-1991) fue – quizás – el último conflicto que representó las características mencionadas, donde privó lo militar y lo político, atravesado por lo económico.

Asimismo, con el fin de la Guerra Fría, se comenzó a discutir la seguridad internacional entre los estrechos o tradicionalistas, los ampliacionistas y los críticos oponiéndose a los primeros (Marcano y Chacón, 2004). Si bien se tratarán más adelante los diferentes sectores

en que se pueden considerar la seguridad y la securitización, es oportuno explicar – en este punto – las diferentes corrientes. La primera de ellas, apoyados en el análisis del equilibrio militar y político entre EEUU y la URSS, centrados en la seguridad del estado. La siguiente, los ampliacionistas, no conformes con ello, trataron de incluir otros tipos de amenazas que no eran de naturaleza militar y que afectaban a las personas en lugar de afectar a los estados. “Esto amplió la agenda de seguridad mediante la inclusión de conceptos como la seguridad humana y la seguridad regional, junto con ideas de cultura e identidad” (Eroukhmanoff, 2017, p.104). Los críticos, por su parte, ven a los individuos como el objeto referente de la seguridad, diferenciándose de los ampliacionistas al considerar a la seguridad como una construcción social que puede ser evaluada; de esa forma, se puede ponderar y calificar la securitización (Marcano y Chacón, 2004).

Dos aspectos más son considerados por Marcano y Chacón (2004). Por un lado, la prioridad y máxima relevancia dadas al sector militar es fruto – en cierto modo – de la existencia histórica de instituciones que protegen al estado y a las personas de las amenazas militares. Por otro lado, la clave del análisis de la seguridad es determinar si el asunto será aceptado por un número relevante de la audiencia y en qué condiciones.

### **El concepto de securitización**

Sin querer definir taxativamente este concepto, se puede resumir la securitización “como el proceso activo de invocar seguridad y poner en marcha políticas y acciones en base a presentar ciertas cuestiones como amenazantes” (Borrell, 2013, p.30). Asimismo, durante dicho proceso “se intenta otorgarle calidad o estatus de asunto de seguridad a un problema que pueda atentar contra la supervivencia de un ente, ya sean individuos, conglomerados, estados o la humanidad” (Marcano y Chacón, 2004, p.145).

Ahora bien, un asunto se transforma en “política de emergencia y un problema de seguridad” – según postuló la Escuela de Copenhague en su teoría – cuando un actor poderoso en el contexto internacional determina que un objeto es foco de una amenaza existencial y, para sobrevivir, debe ser atendido con urgencia. Como se puede apreciar, no solo porque en sí misma dicha amenaza lo sea (Borrell, 2013).

El hito que representó en 1998 la formulación de la teoría de la Escuela de Copenhague sobre el carácter extraordinario que adquiere la mecánica de las políticas de emergencia en el escenario posguerra fría; un planteamiento que resultó profético poco después, a la luz del 11-S. (Tello, 2011, p.189)

Según la teoría de la securitización, continúa Borrell (2013), la seguridad no es considerada una condición objetiva, sino “el resultado de un proceso específico: la construcción social de los temas de seguridad es analizado a través de los “actos de habla” securitizadores, por medio de los cuales las amenazas son representadas y reconocidas” (pp.29 y 30).

Cuando en los años sesenta John Austin y su discípulo John Searle estudiaron la relación entre el lenguaje y la realidad, establecieron que verbalizar las ideas implica en ocasiones materializarlas en el mero acto de hablar, determinando su carácter performativo (realizativo), que puede implicar intencionalidad de acuerdo a la fuerza ilocutiva de dichos actos (Tello, 2011; Borrell, 2013). La seguridad termina como un acto discursivo – speech

act, acto del habla – que es real solo cuando la audiencia reconoce así a la declaración del actor o agente securitizador (Tello, 2011).

En el mismo sentido, Bartolomé (2016), cuando aborda las características de los procesos de securitización y desecuritización, los explica “íntimamente vinculados con las condiciones y percepciones de los actores locales, y en consecuencia difíciles de aplicar a otros casos” (p.114). En consecuencia, se introduce en el concepto de “cultura estratégica”. Citando a Jack Snyder, expresa la capacidad de las élites de estructurar dicha cultura estratégica sobre aspectos particulares de la seguridad y lo militar, también de carácter particular para cada caso, para cada actor.

Esa cultura estratégica se expresa en creencias, actitudes y patrones de conducta semipermanentes. Estudios realizados en el siguiente decenio por importantes autores, entre ellos Gray, resaltaron la influencia que tienen sobre la cultura estratégica la experiencia histórica nacional, la percepción de lo que es una conducta responsable, la cultura cívica y el modo de vida en general. (Bartolomé, 2016, p.114)

En este punto, es muy tentador establecer la relación de estas ideas con el concepto clausewitziano de naturaleza objetiva de la guerra y de ambiente operacional, ya desarrollados en el Capítulo 1 de este trabajo, que particularizan cada conflicto, en cada momento, hasta determinarlo irreplicable. Pero también lo refuerza Tello (2011), al agregar al sentido textual de los discursos, los significados culturales, las particularidades históricas en el contexto de cada audiencia. “Y en este campo, la legitimidad social del securitizador, su credibilidad, desempeña un rol esencial en la persuasión del público, que cualquier proceso debe tener en cuenta” (Tello, 2011, p.194).

Un problema se securitiza cuando una audiencia está de acuerdo colectivamente en la naturaleza de la amenaza y apoya la adopción de medidas extraordinarias. Así fue el caso de la guerra contra Irak, que encontró la aprobación general de la población estadounidense a las acciones en el Golfo Pérsico de la Coalición liderada por EEUU. Solo si el público aprueba el acto del habla del actor securitizador hay éxito; si no es así, la securitización falló y es solo un movimiento de securitización (Eroukhmanoff, 2017; Quigley, 1992).

Las amenazas se transforman en tales a través del lenguaje. El actor securitizador exagera la urgencia, la gravedad y el nivel de la amenaza, de manera tal de llevar el mensaje al extremo y convencer a la audiencia de la necesidad de las medidas extraordinarias (Eroukhmanoff, 2017). Por su parte, cuando el estado designa a un determinado problema como uno de seguridad, impone sobre dicho problema un derecho especial. De esta manera, los que tienen el poder disponen de una herramienta muy sutil, disponible casi permanentemente, pudiendo utilizar el instrumento securitizador de un problema para así poder controlarlo. En definitiva, “algo es un problema de seguridad cuando las élites lo declaran así” (Weaver, 1995). Además, cuando un problema se securitiza, los conceptos de urgencia y amenazas existenciales intentan legitimizar acciones que pueden ser antidemocráticas en situaciones normales (Eroukhmanoff, 2017). Y, en muchos casos, “actores securitizadores regularmente securitizan cuestiones que no son amenazas existenciales” (Floyd, 2015).

Adicionalmente, esta autora establece las condiciones de éxito de un proceso de securitización:

1. La identificación de una amenaza que justifica una respuesta (movimiento de securitización).
2. Seguida por un cambio de comportamiento (acción) por un agente relevante.
3. La acción tomada está justificada por el actor securitizador con referencia a la amenaza que identificó y declaró en el movimiento de securitización.

Es decir, el movimiento de securitización es solo el acto del habla y por sí mismo no constituye securitización. Un problema se securitiza solo en el momento en que un público relevante acepta la identificación existencial de la amenaza. (Floyd, 2015, pp. 2 y 3)

“Un objeto referente, una idea central en la securitización, es lo que está amenazado y necesita ser protegido” (Eroukhmanoff, 2017, p.105).

### **Seguridad y securitización**

Existe coincidencia en la consideración de cinco diferentes sectores cuando se hace referencia tanto a seguridad como a securitización: militar, económico, social, político y ambiental (o medioambiental) (Buzan, 1991; Eroukhmanoff, 2017).

Estos cinco sectores no operan en forma aislada cada uno de los otros. Cada uno define un foco puntual dentro de la problemática de seguridad y una forma de ordenar prioridades, pero todos se vinculan en una entrelazada red de vínculos. (Buzan, 1991, p.434)

Asimismo, en cada uno de ellos, una amenaza específica se articula como amenaza para un objeto referente. Como se mencionara en el Capítulo 1, la seguridad militar supone la doble capacidad de los estados de atacar y/o defenderse, en función de la percepción que cada estado tenga de las intenciones de otro u otros estados (Buzan, 1991). Hoy, con una visión más amplia podría decirse actores. Solo en este sector “el objeto referente sigue siendo el estado” (Eroukhmanoff, 2017, p.105).

Al visualizar la seguridad por sectores, se puede inferir que las amenazas existenciales se encuentran en relación con las características de cada objeto referente y no son objetivas. Así, la seguridad política se refiere a la estabilidad política de los estados, sistemas de gobierno y las ideologías que le dan su legitimidad (Buzan, 1991). La seguridad económica focaliza en el acceso a los recursos, finanzas y mercados necesarios para que las sociedades se mantengan en niveles aceptables de bienestar. En la seguridad social, el objeto referente es la identidad, dentro de sus modelos tradicionales. Para la seguridad ambiental, lo son el ecosistema y las especies en extinción, pensado aquél como el sistema de soporte esencial de la vida.

Esta técnica también destaca la naturaleza contextual de la seguridad y las amenazas. Los ataques suicidas con bombas, por ejemplo, son una fuente mayor de ansiedad para algunas personas que para otras. Sin embargo, a menudo oímos al terrorista suicida como una amenaza “global”. La securitización muestra que es incorrecto hablar de cuestiones como el terrorismo como si preocuparan a todos en todo el mundo por igual. Hablando de objetos referentes, podemos preguntar: ¿seguridad para quién?, ¿seguridad de qué?, ¿y la seguridad brindada por quién? (Eroukhmanoff, 2017, p.105)

Tello (2011) lo relaciona con el planteo de que un vasto abanico de temas son susceptibles de ser securitizados, “es decir, extraídos del debate normal y elevados al rango de emergencia”, coincidiendo en que el tratamiento extraordinario de asuntos en la agenda puede abarcar los cinco sectores explicados.

### **El esquema de seguridad de EEUU en la Guerra del Golfo Pérsico**

Más allá de la hegemonía estadounidense post Guerra Fría, Buzan (1991) plantea su visión sobre el esquema de relaciones e interacciones de los países a través de “un modelo de círculos concéntricos para complementar y modificar la idea pura de centro y periferia”<sup>4</sup> (p.436), tomando como ejemplo la Guerra del Golfo, analizada en este trabajo final. Debe considerarse este planteo, además, en ciernes de la degradación del Segundo Mundo, en el contexto de la debacle de la URSS.

Así, en el círculo interior Buzan (1991) ubica a EEUU, que lidera solo si es seguido y lucha solo recibiendo amplio apoyo y asistencia. Este es otro de los puntos clave de este período, que marcará el comportamiento de EEUU como superpotencia hegemónica hasta la actualidad: es el actor más poderoso del mundo, pero necesita de aliados para alcanzar sus objetivos, especialmente a través del mundo. En el segundo círculo, se ubican los actores dispuestos a la lucha, algunos del centro (Gran Bretaña y Francia) y otros periféricos (Egipto y Arabia Saudita, por ejemplo). Llegando al tercer círculo, están aquellos dispuestos a pagar, pero no a luchar, principalmente Japón y Alemania. En el cuarto círculo, el más grande para este caso, se encuentran los que están preparados para apoyar, pero no para pelear o pagar. Su acción se concreta en el voto y dialéctica a favor y, en algunos casos (como Dinamarca), el envío de tropas en forma simbólica. También incluye a la URSS y China y una mezcla de países centrales y periféricos. El quinto círculo agrupa a todos aquellos que buscaban mantenerse neutrales; no apoyan, no se unen, aceptan las Resoluciones del Consejo de Seguridad. Dentro de estos cinco círculos se encontraban la masa de los estados y todas las principales potencias de la época. Cambiando la postura, en el sexto círculo se hallan los decididos a oponerse, pero con la palabra y el voto, no materialmente: Cuba, Jordania, Yemen y otros estados árabes. Finalmente, en el séptimo círculo, los preparados para resistir: Irak.

Esta visión explica – muy gráficamente – el ordenamiento del esquema de seguridad internacional vigente durante y después de la Guerra del Golfo Pérsico, cómo ejerce EEUU el control, transversalmente a los círculos mencionados, para afectar al círculo exterior. No comparte su lugar – ni responsabilidades ni derechos – con ningún otro actor; en todo caso, algunos son participados, en función de la necesidad del círculo central (fuerzas militares, apoyo financiero, apoyo como país huésped, votos a favor en foros internacionales, condenas a acciones del oponente, etc).

El proceso securitizador que lo tiene como protagonista se fundamenta en este esquema de relaciones internacionales, complementario del modelo Centro-Periferia. El conocimiento y uso de las capacidades y limitaciones de cada círculo, en separado o vinculado con otros, le permitió a EEUU llevar adelante un proceso de securitización exitoso, con el armado y empleo de una Coalición, legitimada por la comunidad internacional, aun sin todas las herramientas legales completas.

---

<sup>4</sup> Los conceptos de centro (países desarrollados) y periferia (no desarrollados) se refieren a la idea del sistema-mundo (entre sus exponentes, por ejemplo, Immanuel Wallerstein) para agrupar las relaciones internacionales. Algunos citan la semiperiferia (países en vías de desarrollo).

**La securitización y los recursos.** En su obra “Guerras por los recursos” (2003), Klare plantea – y se vio en el conflicto del Golfo Pérsico – que probablemente la competencia por los recursos no sea “la gran cuestión” que atraviesa y determina a las relaciones internacionales, pero “ayuda a explicar muchas de las cosas que ocurren en el mundo actual” (p.33). De todas maneras, cuando un país va a la guerra en la persecución de sus intereses nacionales vitales, en muchos casos – en esa lista esencial de la política de un estado – están los abastecimientos de petróleo y agua potable. Con esto se vincula, en la actualidad, el hecho de que la seguridad está planteando con cada vez más frecuencia (y visibilidad) que la búsqueda, obtención y protección de recursos son algunas de las funciones primordiales del área que el estado debe atender.

La Guerra Fría – como se expresara, clímax de la confrontación político militar – puso a EEUU y sus aliados en la tarea permanente de contención de la URSS y sus satélites, aspecto que orientó y determinó todas las políticas estadounidenses para el logro de sus objetivos nacionales. Sin embargo, entre los mencionados objetivos, “ninguno ha influido tanto en la política militar norteamericana como la determinación de garantizar el acceso estadounidense a las fuentes de recursos vitales en el extranjero” (Klare, 2003, p.22). El desarrollo industrial y el crecimiento económico están vinculados directamente con la disponibilidad del petróleo, tanto del que se consigue en las fuentes en el propio territorio como aquél que debe ser obtenido en otras partes del mundo. Además de asegurar el control de esa obtención extranjera, EEUU debe velar por las rutas de transporte y comercialización del recurso, aspecto indispensable para lograr su empleo eficiente.

Si en otros tiempos la tecnología armamentista y la política de alianzas dominaban el discurso de los asuntos militares, ahora la estrategia norteamericana tiene más en cuenta la protección de las explotaciones petroleras, la defensa de las rutas comerciales marítimas y otros aspectos relacionados con la seguridad de los recursos. (Klare, 2013, pp.22 y 23)

Al igual que con la problemática ambiental, durante la Guerra del Golfo, se buscó securitizar el “problema Irak” sobre las amenazas militares que representaba el régimen de Saddam Hussein. De esta manera, se llevó el foco de atención sobre el nivel de amenaza existencial que la acción de Irak en el Golfo había disparado. EEUU no presentó el asunto de los recursos como acto del habla inicial para no perjudicar la legitimidad perseguida de la Coalición en ciernes, siendo que – desde el primer momento – era uno de sus objetivos primordiales (recuérdese la Doctrina Carter – Capítulo 1 de este trabajo).

La acción de la audiencia también fue fundamental. Fue manifiesta la posición favorable de la opinión pública estadounidense sobre la intervención de sus fuerzas militares en el Golfo Pérsico “y esa es una consideración no desprovista de importancia en una época en que las justificaciones tradicionales del gasto militar por motivos de seguridad han perdido mucha fuerza” (Klare, 2003, p.27).

Cabe mencionar, que no es solo una práctica estadounidense u occidental. Rusia, ya sobre fines del siglo pasado, ha mantenido con perseverancia su presencia política militar en la región del Cáucaso, no solo para prevenir y/o sofocar cualquier intento separatista checheno, sino para poder controlar un oleoducto de relevancia en ese territorio, vital para sostener su nivel de gran potencia (Brzezinski, 1997).



## **El empleo del factor militar en el contexto de la securitización. EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico**

En una entrevista de 1998 se preguntaba a altos oficiales estadounidenses cómo explicar a los ciudadanos de su país las intervenciones militares de EEUU en el extranjero. Muchos hablaban en términos abstractos, refiriéndose a las responsabilidades globales de EEUU. Pero la respuesta más firme fue la del general Anthony Zinni, por entonces comandante de las fuerzas estadounidenses en el Golfo Pérsico (es decir, el puesto que tuviera durante la Guerra del Golfo el general Schwarzkopf): “Mi región, Oriente Próximo, evidentemente es valiosa para nosotros como fuente de petróleo y gas natural”, dijo. Y como una inestabilidad en esa región podría comprometer el acceso a tales recursos, prosiguió, “procurar que las cosas sigan estables ahí...es de crítica importancia para nuestra economía” (Klare, 2003).

En la actualidad, a su presencia en el Golfo Pérsico, EEUU suma su interés creciente en la cuenca del Caspio, de la misma forma que Rusia lo realiza con las repúblicas ex soviéticas del Cáucaso y el Asia Central. Tanto China, como Rusia y EEUU han tratado de enrolar a los estados de la región en algún tipo de alianzas militares. Esas tentativas comenzaron desde principios de la década de 1990, tras el colapso de la Unión Soviética, y vienen intensificándose desde comienzos del siglo en curso (Klare, 2006, p.223).

Las potencias occidentales, lideradas por EEUU, han generado una importante ventaja en la política económica mundial a través de su alianza de seguridad militar. Al tener cubierta una parte importante de sus problemas estratégicos, esto les permite dedicar sus esfuerzos – en forma individual o colectiva – con mayor eficiencia. Así pudo EEUU generar y construir la Coalición de 1990, que adquirió la potencia militar y económica-financiera necesaria para llevar adelante la campaña para liberar a Kuwait y degradar seriamente al régimen iraquí (Buzan, 1991).

Como sostiene Klare (2003), la protección del aprovisionamiento energético era cuestión de primer orden para la seguridad nacional de EEUU, aspecto en el que las fuerzas militares pueden tener un papel clave. Los recursos necesarios ubicados fuera del propio territorio siempre estuvieron en una ventana de riesgo, en función de la situación inestable – casi permanente – de la mayoría de las regiones que los albergan. Esto dio pie a más de una intervención militar, como el desarrollo de la campaña que se analiza. Y esas intervenciones se dan en el contexto de los demás factores del poder nacional, aunque con predominancia del factor militar, ya que se esgrime la necesidad de proteger físicamente a los recursos.

Otros objetivos económicos son fomentados eficazmente por medio de la diplomacia o de las sanciones económicas, pero solo la fuerza militar garantiza la continuidad de los caudales de crudo y otras materias críticas desde (o a través de) zonas remotas en tiempos de guerra o crisis. De ahí que las fuerzas armadas (de EEUU) hayan reforzado sistemáticamente su capacidad para proteger los flujos internacionales de materias esenciales, considerada como su contribución exclusiva a la seguridad económica de la nación. (Klare, 2003, p.27)

EEUU es la potencia dominante en la región, lo que le permite – además del control directo de las fuentes de recursos para su propio abastecimiento – la regulación del aprovisionamiento energético de otros países importadores de petróleo. Aquéllos que necesiten de este flujo de gas y petróleo desde la zona Golfo Pérsico/Caspio, quedan supeditados al grado de control que EEUU ejerce sobre la región, a través de sus fuerzas

militares. Y esto se traslada a la esfera política, lo que quedó de manifiesto en el éxito de las gestiones estadounidenses para la conformación de la Coalición, materializado en el logro de contribuciones de diferentes países, de variados tenores: tropas terrestres, medios aéreos y navales, apoyo económico para financiar la guerra, apoyo diplomático, por ejemplo (Klare, 2006).

Otra de las herramientas de securitización para exagerar las amenazas militares a través del lenguaje es exaltar, por demás, las capacidades del enemigo. Esta sobreestimación de la verdadera habilidad del agresor iraquí para oponerse a los planes de la Coalición es parte del proceso de securitización. La generación de la fuerza necesaria debe ser justificada; y ser suficiente para poder eliminar la amenaza y – a continuación – asegurar el control de la situación en la región. La consideración por demás positiva de las capacidades militares de las fuerzas de Saddam Hussein fue una de las herramientas securitizadoras más relevantes, utilizada también en el ámbito político y diplomático, en el mensaje hacia el público interno así como a la comunidad internacional, respectivamente. Diferentes autores realzaron la maniobra operacional con la que Irak conquista Kuwait, llamándola muy pretenciosamente una “*Blitzkrieg* de manual” (Citino, 2015). De la misma forma, se resaltó de manera continua la fortaleza de las armas iraquíes. Conceptos como que era el cuarto ejército del mundo, veterano y aguerrido luego de su guerra con Irán de tantos años, equipado con la última tecnología de varios países, transmitieron un mensaje de urgencia para la defensa de la seguridad internacional. “Se trataba de una fuerza enorme...representaba una clara amenaza para los grandes pozos petrolíferos de Arabia oriental y prácticamente forzó a Occidente – encabezado por EEUU – a reaccionar” (Citino, 2015, p.386). “Esta exageración de la amenaza demuestra la excepcionalidad de la amenaza, que – a su vez – requiere respuestas urgentes y extraordinarias” (Eroukhmanoff, 2017, 109). Así se fue conformando la respuesta militar de la Coalición liderada por EEUU.

Por otro lado, se necesitaba justificar el desarrollo de años de una poderosa maquinaria militar. Era la época de resurgimiento de unas fuerzas armadas que salieron – por lo menos en la opinión pública nacional e internacional – derrotadas de su experiencia en Vietnam. Una campaña exitosa contra un adversario poderoso sería la reconciliación de las fuerzas armadas estadounidenses consigo mismas, con la nación y con su pueblo.

Por su parte, el presidente Bush se pasó meses, después de producida la invasión iraquí de Kuwait en agosto, tratando de encontrar los motivos que fundamentaran la guerra con Saddam Hussein. Una vez finalizada la guerra, esos motivos parecen claros; y son:

- Asegurarse petróleo barato.
- Ayudar a las monarquías amigas.
- El objetivo estratégico de Washington para prevenir el surgimiento de un poder hegemónico hostil a sus intereses en Medio Oriente.

Así, en función de dichos intereses, la guerra puede considerarse exitosa: para EEUU y sus aliados, se logró un mundo seguro, en relación con el estatus quo ante bellum. Por su parte, tanto Arabia Saudita como Kuwait siguieron siendo reinos autocráticos, con las libertades civiles individuales limitadas (Atkinson, 1995).

Saddam Hussein, que después de la extensa guerra con Irán estaba decidido a recuperar el potencial económico y militar de su país, no pudo salir de su propia trampa de ambición y poderío. Con el petróleo como la base de su economía, intentó desarrollarse en otras áreas,

con mayores dificultades. “Sus inversiones en ciencia y tecnología eran importantes, habiendo alcanzado (con asistencia extranjera) un notable desarrollo nuclear y la formación y consolidación de una incipiente pero avanzada industria bélica” (Baretto, 2013). La guerra impidió ese desarrollo; Irak no despegó más. Los objetivos de EEUU de 1990-1991 se cumplieron.

### Otros casos de securitización posibles

A los efectos de poder dimensionar el proceso de securitización llevado adelante por EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico en 1990-1991, se expresarán algunos casos – en general posteriores – surgidos más allá del empleo del poder militar. Si bien, como se refuerza a lo largo de este trabajo, el empleo de los factores del potencial nacional debe darse en un contexto sinérgico y transversal, normalmente uno de los sectores adquiere relevancia y determina las prioridades del proceso.

**Securitización y fundamentalismo islámico.** Buzan (1991) coloca a la Guerra del Golfo (1990-1991), como referencia para el punto de partida de un sentimiento en contra de lo que representaba la intervención de EEUU y sus aliados atacando al pueblo musulmán, al derrotar a Irak, y no a favor del mismo por liberar a Kuwait y proteger a Arabia Saudita. En la percepción de una parte importante del mundo árabe, se había atacado a su pueblo para proteger a dos monarquías absolutas y a los intereses de EEUU en la región. “Dado este legado combinado de frustración histórica y antagonismo ideológico, el Islam podría convertirse en el principal portador del sentimiento antioccidental en la periferia” (Buzan, 1991, p.441).

Así entonces, “un posible desafío a la supremacía estadounidense por parte del fundamentalismo islámico podría formar parte de los problemas de esta inestable región” (Brzezinski, 1997, p.61). Estas aseveraciones, cercanas temporalmente al conflicto analizado, fueron premonitorias de la aceleración de estos sentimientos a partir de la Guerra de Irak de 2003.

Mediante la explotación de la hostilidad religiosa al *American way of life* y aprovechando el conflicto árabe-israelí, el fundamentalismo islámico podría socavar a varios gobiernos pro-occidentales de Oriente Medio y llegar a amenazar los intereses regionales estadounidenses, especialmente en el Golfo Pérsico. (Brzezinski, 1997, p.61)

A pesar de ello, Brzezinski aprecia el desarrollo de “una violencia difusa” por parte de la amenaza del fundamentalismo islámico, por la inexistencia de “un único estado islámico verdaderamente poderoso”, lo que evidencia la carencia de un núcleo geopolítico. Es notable como el surgimiento de Estado Islámico (EI), en la última década, y su caída reciente (y quién sabe si su nuevo crecimiento a partir de ahora) intentó cubrir las falencias que presentara el estrategia estadounidense. Sin embargo, cuando Estado Islámico intentó su despliegue y asentamiento estatal fue, quizás, el inicio de su derrota. Pero estos son temas para otro trabajo de análisis.

En relación con el control territorial analizado en el párrafo anterior, también fue centro de los conflictos políticos a lo largo de la historia. “Se construyeron imperios mediante la cuidadosa toma y mantenimiento de posesiones geográficas vitales, tales como Gibraltar, el canal de Suez o Singapur, que sirvieron como puntos de estrangulamiento o ejes de un sistema de control imperial” (Brzezinski, 1997, p.45).

**Securitización y desarrollo.** También el desarrollo fue utilizado como herramienta securitizadora. En diciembre de 2003, el representante de la política exterior de la Unión Europea, Javier Solana, analizaba las categorías de riesgo (seguridad), extendiendo “el manto securitizador al concepto de desarrollo, que salía de la disciplina económica en la que campaba desde los años ochenta, al resituarse la seguridad como condición del desarrollo” (Tello, 2011, p.190).

En el mismo sentido se instaló, entre otros actos, el discurso de Blair sobre África, que respalda el éxito del binomio seguridad-desarrollo, apoyado fuertemente – además – en la aceptación de ese vínculo por parte de la audiencia. Así, la securitización es un proceso intersubjetivo, con la interacción de los sujetos – actor securitizador y audiencia (Tello, 2011, p.193).

**Securitización y armas de destrucción masiva. El inicio de una excusa estratégica.** Desde antes de iniciadas las hostilidades, la existencia y probable empleo de armas químicas y biológicas, por parte de Irak, fue un tema de debate y muchísimas dudas. Incluso, ya con el conflicto en pleno desarrollo, una campaña falsa de información que incluía un falso ataque químico con misiles sobre Israel, remarcó la incertidumbre de EEUU sobre la manera de manejar el asunto de las armas de destrucción masiva (ADM, WMD por sus siglas en inglés).

En los momentos previos al desarrollo del conflicto, era un hecho que Irak poseía importantes cantidades de agentes nerviosos y otros químicos; por ejemplo, depósitos en el Establecimiento Estatal Muthana, instalación de producción pesticida. En más de una oportunidad, durante los ocho años de guerra con Irán, Saddam Hussein ordenó el empleo de gas mostaza y gas nervioso. El primero de ellos, por ejemplo, en marzo de 1988 contra los kurdos iraquíes en Halabja, en su implacable campaña para eliminarlos, donde se cree que hubo cerca de 4.000 víctimas. En abril de 1990, Irak amenazó a Israel: “el fuego se tragará a la mitad de Israel si intenta algo en contra de Irak.”

De acuerdo con una apreciación estratégica de la Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas en inglés) estadounidense, en agosto de 1990, Irak poseía, más de 1.000 toneladas de químicos, entre munición de artillería, bombas químicas y depósitos ya adelantados dentro de Kuwait. Asimismo, los mismos informes aseguraban la posibilidad de que serían utilizados, en caso de guerra, por Saddam Hussein.

De manera contraria, antes de la invasión a Kuwait por parte de Irak, las agencias de inteligencia en Washington le habían asegurado al general Schwarzkopf que Irak no tenía los medios necesarios para lanzar cabezas de guerra química en misiles crucero de larga distancia. Sin embargo, después de dicha invasión, esos mismos analistas cambiaron su versión: Irak podía lanzar misiles Scuds con químicos. Ante esto, Schwarzkopf creía que “simplemente se estaban cubriendo sus traseros” (Atkinson, 1995).

Estas idas y vueltas de apreciaciones y asesoramientos representan otro ejemplo de exageración de las amenazas, de llevar el mensaje al extremo; es un problema de seguridad existencial, que si no es atendido – y solucionado – con urgencia, tendrá serias repercusiones para la supervivencia del objeto referente.

Ahora bien, también eran motivo de discusión las formas y medios para responder ante el caso de un ataque químico por parte de Irak a la Coalición. La respuesta es parte del

proceso de securitización. En la misma época (agosto de 1990), se disponía del plan *Punishment Air Tasking Order*, el cual establecía – según el general de la Fuerza Aérea de EEUU Charles Horner (Comandante del Componente Aéreo Conjunto en el TO) – el ataque a 17 blancos de alto valor (incluyendo el Palacio Presidencial), que serían destruidos en caso de producirse un ataque químico iraquí. Un plan más radical fue presentado por otro oficial de la Fuerza Aérea, miembro del comando de planeamiento de Schwarzkopf, el general Buster Glosson. El mismo indicaba la destrucción de tres represas (dos sobre el río Éufrates y una sobre el Tigris), arriba de Bagdad, que inundarían la capital iraquí con hasta 1,3 metros de agua y afectaría a la masa de la industria del país. El general Schwarzkopf fue más allá: “si usan químicos, usamos armas nucleares sobre ellos”. Su fundamento: entender la mentalidad árabe. “Los árabes y Saddam Hussein en particular entienden la fuerza bruta” (Atkinson, 1995). De todas formas, estas opciones “exageradas” no encontraron eco positivo alguno en Washington.

La mayoría de las decisiones políticas se debatían con centro en el Consejo de Delegados, conocido informalmente como el “Pequeño Grupo”. Lo lideraba Robert Gates (adjunto del Consejero de Seguridad Nacional) y contaba – principalmente – con representantes jerárquicos de los Departamentos de Estado y Defensa, de la CIA, del Consejo de Seguridad Nacional y del Estado Mayor Conjunto. Este grupo de asesores principales coincidía en que una respuesta incorrecta a un ataque químico iraquí afectaría seriamente la moral de la Coalición y animaría a cualquier dictador del Tercer Mundo a perseguir la idea de “la bomba del hombre pobre”<sup>5</sup> (Atkinson, 1995). Por otro lado, una respuesta exagerada con armas químicas o nucleares, que destruyera a Irak, corrompería moralmente a la Coalición y llevaría consecuencias políticas desastrosas a Medio Oriente.

Como en muchos otros casos en la historia moderna, la preferencia de los decisores políticos pasaba por un punto medio entre las opciones disponibles. En líneas generales, una de ellas era bombardear los campos petrolíferos y el complejo industrial iraquíes (la postura del Consejero de Seguridad Nacional Scowcroft); otra, bombardear blancos militares que se encontraban restringidos por su cercanía a poblaciones (la de Wolfowitz, segundo del Secretario de Defensa). De todas formas, el aspecto más importante terminó siendo la seria dificultad del sistema de decisión político militar de llevar a acciones concretas las intenciones de represalia, ante un ataque de armas masivas por parte de Saddam Hussein.

Ahora bien, con más de 3.000 salidas aéreas diarias ya planificadas, la mayoría de los blancos militares relevantes serían atacados de todas formas.

**Securitización y el daño ambiental.** Si bien en la época del conflicto no estaba tan omnipresente el “fantasma del desastre ambiental”, la Guerra del Golfo puede considerarse como el primer evento de magnitud en la era contemporánea en ser usado como instrumento de securitización.

El impacto ambiental del derrame y de los incendios era incierto. La Kuwait Oil Company estimó la pérdida del 3% de las reservas del país (unos 3.000 millones de barriles) (Atkinson, 1995). Severas predicciones de “invierno nuclear” por el hollín en el aire o de

---

<sup>5</sup> Se refiere a la posibilidad de elaborar y dispersar un arma biológica, que no necesita de armas importantes como vector, o masas de fuerzas militares para su empleo ofensivo. Plaga, ántrax, ébola, dispersado por gente común, con medios comunes (aerosoles por ejemplo) o contaminando fuentes de agua o de aire.

“efecto invernadero” agravado por el dióxido de carbono de los pozos en llamas, demostró ser exagerado.

Sin embargo, la cortina del humo del petróleo ardiendo se dispersó a través de un área dos veces más grande que el estado de Alaska. Se reportó nieve negra en los Himalayas. Millones de barriles derramados en las aguas del Golfo Pérsico contaminaron las costas y mataron al menos 30.000 aves marinas. El legado de terrorismo ecológico de Saddam durará años (Atkinson, 1995).

Lo más paradójico es que los reiterados conflictos por los recursos provocarán el despilfarro de grandes cantidades de materias críticas, sobre todo el petróleo, e infligirán grandes daños a las fuentes mismas. Durante la operación Tormenta del Desierto, por ejemplo, EEUU y sus aliados necesitaron unos 86 millones de litros de petróleo diarios, en promedio, que viene a ser el consumo de un país de las dimensiones de Argentina. Pero aún fue más trascendente el sabotaje de los pozos de Kuwait perpetrado por los iraquíes antes de emprender la huida, donde se estima que ardieron en forma descontrolada unos 2.000 millones de barriles, o dos años y medio de la producción habitual de ese país. (Klare, 2003, pp.272 y 273)

En este caso, como con los recursos, el proceso de exageración posterior – sobre la culpa de las acciones de Saddam Hussein – no se replicó de la misma forma en la justificación inicial de la intervención militar. Si estos datos presentados, aunque fueran inciertos, hubieran sido considerados en el armado de la Coalición y el financiamiento y apoyo de la campaña, probablemente algunos de los hechos y circunstancias no habrían sido tan favorables para los aliados y algunos de dichos apoyos no se habría concretado.

### **Conclusiones parciales**

Del análisis realizado, surge la relación directa entre el concepto vigente de seguridad, en la época del conflicto referido en este trabajo, y el estado. Aquélla es patrimonio del estado, quien debe tener un rol esencial para librarse de la amenaza que pone en peligro su libertad, su entidad independiente y su integridad funcional. La Guerra del Golfo (1990-1991) es el último de los grandes conflictos donde los factores político y militar ocupan un lugar central, lo cual caracteriza al proceso securitizador que EEUU y sus aliados llevaron adelante.

Este proceso securitizador se basó en la construcción del Irak de Saddam Hussein como amenaza existencial para la seguridad regional, con proyección más allá del Golfo Pérsico. La exageración de la capacidad militar de Irak fue una de las herramientas securitizadoras más utilizada – y más eficiente – a lo largo de todo el proceso.

EEUU determinó el nivel de gravedad de la amenaza que representaba Saddam Hussein. El mensaje – el acto del habla – exageró dicha amenaza hasta llevarla a un grado de urgencia y necesidad de medidas extraordinarias tales que, si no se tomaban, estaba en riesgo la integridad de la región.

Para la teoría de la securitización, las cuestiones políticas se constituyen como cuestiones de seguridad extremas que se tratan con urgencia cuando han sido etiquetadas como peligrosas, amenazantes, alarmantes y así sucesivamente por un actor securitizador, que tiene el poder institucional para mover el tema más allá de la política. (Eroukhmanoff, 2017, p.104)

Para ello, generó el aval del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que, por medio de varias resoluciones, legalizó el proceso de securitización invocado por EEUU y respaldado por la construcción de la Coalición aliada y su posterior empleo.

La audiencia avaló el mensaje del agente securitizador. Por un lado, la comunidad internacional, a través de una extensa campaña diplomática que, además de apoyos formales y de fuerzas, logró importantes financiamientos; por el otro, la población estadounidense, convencida de la legitimidad de la intervención militar, ya que sentía que se estaban protegiendo los intereses de su nación. Sin embargo, es de destacar que – dado el caso de que en Arabia Saudita su población no disfruta plenamente de sus derechos ciudadanos – la audiencia saudí no fue considerada a los fines del mensaje. Por supuesto que tampoco lo fue el pueblo iraquí. En todo momento, el proceso buscó satisfacer los intereses de EEUU y sus aliados por sobre los de la región. Como expresa Floyd (2015), los agentes de securitización pueden ser insensibles y la securitización puede ser principalmente beneficiosa para los agentes en lugar de beneficiarse los objetos referentes (p.9).

En el desarrollo de la securitización, EEUU utilizó las herramientas de su conveniencia en la gestación del proceso, exagerando la capacidad y determinación de la amenaza iraquí – en lo militar y en lo político – obviando, en ese momento, lo económico y ambiental. Estos dos últimos aspectos fueron incluidos como herramientas securitizadoras a posteriori, en un intento de culpar a Saddam Hussein de los desastres ocasionados – a la economía y medioambiente regionales e internacionales – por su amenaza inicial. En gran parte, esa etapa posterior del proceso de securitización formó parte de la justificación de la intervención militar en el Golfo.

La seguridad es un asunto álgido, pues el abuso del término por los que detentan el poder, puede constituir un peligro para la vida democrática, ya que si los gobiernos securitizan demasiados temas podrían producir decisiones arbitrarias tomadas fuera del debate democrático, con la excusa de que al ser temas de seguridad, se adquiere el derecho de solventarlos sin la necesidad de seguir las normas. (Marcano y Chacón, 2004, p.145)

Esto se manifestó, también, con la amenaza iraquí del uso de armas de destrucción masiva – principalmente químicas – exagerando su capacidad real, aspecto que se vería potenciado en la invasión a Irak del año 2003. A tal punto fue exagerado en esta oportunidad (1990), que ni siquiera se llegó a una opción de respuesta válida y aceptable.

Por otra parte, la vigencia de Saddam Hussein en el poder hace cuestionar el cierre del proceso, llamado desecuritización. Como expresan Marcano y Chacón (2004), “el ideal a seguir es la desecuritización”, es decir, la amenaza se despejó, ya la seguridad es un hecho y el problema “puede solucionarse a través de las reglas habituales de la vida política”. No fue el caso de Irak, que no volvió a la normalidad de sus instituciones. Conflictos internos en proceso y latentes contra las minorías chiita y kurda y sectores de su territorio intervenidos por otros actores internacionales son la prueba de ello. Como otros temas mencionados, la permanencia de Saddam Hussein en el poder y el proceso que llevó hasta la guerra de 2003 deberán ser fruto de otros análisis.

Tal cual lo plantea Floyd (2015), el movimiento de securitización se entiende mejor como una de dos cosas: 1) una advertencia a un agresor, o 2) una promesa de protección a un objeto referente. En el caso del proceso que se analiza en este conflicto, se aprecian ambas. Es meridiano el mensaje al agresor, Irak, plasmado en el imponente despliegue disuasivo, a caballo de condenas internacionales, sanciones económicas, bloqueos, embargos, etc. Y también se percibió claramente la promesa de protección, tanto a Kuwait y a Arabia Saudita – como países ocupado y amenazado, respectivamente – como al sistema internacional, que veía en la acción de la Coalición liderada por EEUU un resguardo del orden mundial vigente.

Finalmente, el cierre de las hostilidades lo encuentra a EEUU al frente de un proceso exitoso, reforzando su presencia en la zona a través de un poder de dimensiones nunca antes vistas en la región. Así lo destacó Brzezinski (1997), a sabiendas de que dicha región es – en las épocas modernas – “una zona de vacío de poder. Aunque la mayor parte de los estados situados en el Golfo Pérsico y en el Oriente Próximo son también inestables, allí el poder estadounidense es el árbitro definitivo” (p.129).

El alcance y la penetración del poder global estadounidense son únicos. Además de controlar todos los océanos y mares del mundo, los EEUU han desarrollado una capacidad militar activa en el control anfibia de las costas, que le permite proyectar su poder tierra adentro de maneras políticamente significativas. Sus legiones militares están firmemente asentadas en las extremidades occidental y oriental de Eurasia y también controlan el Golfo Pérsico. (Brzezinski, 1997, p.31)

Como consecuencia de la victoria de EEUU sobre Irak en esta guerra, los acuerdos especiales sobre seguridad en el Golfo Pérsico, han convertido a esa región – vital desde el punto de vista económico – en un coto vedado militar estadounidense. (Brzezinski, 1997, p.36)

### **Conclusiones finales**

El historiador francés Marc Bloch señalaba que la historia es la ciencia del cambio (Vego, 2010). Por lo tanto, no es posible encontrar – a lo largo de siglos y siglos de humanidad – dos eventos que sean iguales, ya que las circunstancias en que cada simple hecho se da cambiarán irremediable y aleatoriamente en cada oportunidad. Como expresara Heráclito en el mismo sentido, “nadie se puede bañar dos veces en el mismo río”. En esencia, el estudio de la historia – y de la historia militar en particular – nos muestra qué errores deben evitarse, pero no nos señala cómo debe hacerse. Este es el propósito general de este trabajo final.

La Coalición liderada por EEUU logró una aplastante victoria militar sobre las fuerzas armadas iraquíes de Saddam Hussein. Como se ha desarrollado, y más allá de la propia incapacidad del vencido, la campaña llevada a cabo por las fuerzas aliadas “logró expulsar a un enorme ejército mecanizado de sus posiciones fuertemente fortificadas y a continuación destruirlo a un costo casi despreciable” (Citino, 2015). Más de treinta divisiones iraquíes fueron destruidas – con todo su material de combate neutralizado – y más de 85.000 prisioneros capturados, son un parámetro del volumen de la derrota de Saddam Hussein.

En contrapartida, el hecho de haber sufrido menos de 300 bajas estadounidenses (incluyendo 27 de ellos en el ataque misilístico sobre Arabia Saudita y 35 muertos por fuego



amigo) contribuye a dar legitimidad a un proceso securitizador que necesitaba de la aprobación de la audiencia interna. Similares números y proporciones se dieron en las fuerzas de los países aliados.

El despliegue militar de la Coalición – sin precedente – proyectado desde tres continentes y a distancias de hasta más de 10.000 kilómetros, movilizó a la flota aérea y marítima, militar y civil, más grande de la historia contemporánea. Este aspecto – central en el proceso securitizador descrito – da la pauta de cómo el mensaje llegó a las audiencias que debía llegar. El acto del habla se materializa. Apoyo militar de magnitud, con medios de combate terrestres, aéreos y navales, apoyo militar simbólico de fuerzas reducidas, financiamiento económico internacional de la campaña, apoyo diplomático en los distintos foros, sostenimiento con recursos humanos y materiales de la nación huésped, apoyo israelí al no reaccionar ante los ataques de Saddam Hussein, representan las principales acciones que concretaron el éxito de un proceso que buscó – y logró – alcanzar los objetivos políticos y militares de EEUU y sus aliados en el Golfo Pérsico.

Ahora bien, como expresara Buzan (1991), este modelo no ofrece una imagen dura del futuro. No es una coalición permanente, ni es probable que se repita.

Pero sugiere la naturaleza general de las relaciones de seguridad en un mundo dominado por el centro, los mecanismos disponibles y la capacidad del centro para aislar a los agresores que amenazan el orden político reconocido y el funcionamiento de la economía mundial. (pp.436 y 437)

Probablemente, sea todavía más que eso. El proceso de securitización de EEUU a través del empleo de su poder militar consolidó un esquema de poderío global, en paralelo con la disolución de la URSS y la pérdida de poder experimentada por el sistema que el modelo soviético representaba en el mundo. EEUU se presenta como la única superpotencia con alcance global, regulando el funcionamiento de las relaciones internacionales. “Esta guerra ha servido para reafirmar una estructura de poder internacional dominado por las potencias occidentales con Estados Unidos como líder indiscutido” (Meneses, 1991, p.399). Desde el punto de vista del empleo del poder militar, quedó demostrado que EEUU es – en lo material, humano y tecnológico – el más poderoso del mundo. Sin embargo, solo no puede enfrentar amenazas y desafíos de tamaño envergadura, que muestran – incluso – tendencias de crecimiento, a partir de este conflicto. Un valor agregado a su capacidad de potencia hegemónica lo da, precisamente, la decisión de haber empleado su poder militar. En cierta analogía con el poder nuclear surgido de la Segunda Guerra Mundial: aun cuando otra potencia llegara a equipararlo en la posesión del arma atómica, EEUU tenía un diferencial a su favor. La había usado... ¡y dos veces!

Una parte importante del mensaje securitizador hacia la audiencia que representaba el pueblo estadounidense fue el resurgimiento de sus fuerzas armadas luego del desastre – militar, político y social – que significó la Guerra de Vietnam, más allá de los resultados tácticos y estratégicos de la lucha armada. La Guerra del Golfo fue el examen final del proceso de regeneración y reivindicación del poder militar estadounidense y se aprobó con altas calificaciones.

Poco tiempo después de la guerra, le preguntaron al general Barry McCaffrey, comandante de la 24ta División de Infantería Mecanizada, en el Comité de Servicios Armados del Senado, cómo la guerra se había ganado en 100 horas. Él les respondió:

“La guerra no necesitó 100 horas para ser ganada, tomó 15 años.” Esto refleja los sentimientos de una generación militar que sufrió la fractura después de Vietnam y dedicó toda su vida adulta a la tarea de reconstruir la institución en un proceso de reforma evolutiva moderna. (Scales, 1994, pp.35 y 36)

Este aspecto es muy importante, ya que es el punto de partida de un período de intervenciones militares que – con diferentes niveles de fuerza – se mantiene hasta la actualidad. EEUU generó – y aumentó – una capacidad de proyección de poder que le permite establecer su voluntad a nivel global, lo que Bartolomé (2016) refiere como “estatura estratégica”.

La estatura estratégica es lo que permite a ese Estado buscar un protagonismo y un rol activo en el plano internacional, en lugar de limitar sus acciones al ámbito vecinal y aunque involucra todos los factores de poder, la dimensión militar es fundamental. (p.105)

Desde entonces, EEUU reinauguró un modelo, basado en su nuevo, comprobado y legitimado poder, que lo llevó a desplegarse a nivel global y a librar guerras en forma simultánea (una de ellas, en Afganistán, ya tiene más duración que la misma guerra de Vietnam). Probablemente, así como la Guerra del Golfo demostró la aplicación correcta de las lecciones aprendidas de la Guerra de Vietnam, las actuales campañas no permiten visualizar que se estén aplicando las enseñanzas que la Guerra del Golfo dejó.

La excusa para poder hacerlo fue Irak. La exageración de la amenaza posibilitó establecer un proceso securitizador que – refrendado por las audiencias propia, la internacional, la de los agredidos y la de los amenazados – le permitió alcanzar los objetivos estratégicos que protegían sus intereses nacionales. En ese sentido, fue determinante la incapacidad de Saddam Hussein para diseñar e instrumentar una estrategia nacional definida y concreta para intentar – siquiera – resolver el conflicto, sin tener que recurrir al empleo militar directo. Su falta de habilidad como negociador, vinculado con una red inexistente de contactos y apoyos internacionales, fue manifiesta. Cegado en las causas primigenias que motivaron su agresión sobre Kuwait, no supo ver la construcción y proyección del poder militar de la Coalición, en su real dimensión. Irak sufrió el congelamiento de sus fondos en el exterior, bloqueo y sanciones económicas, sanciones de la ONU, ruptura de relaciones diplomáticas y el despliegue disuasivo de imponentes fuerzas militares en proximidades de su territorio y el ocupado Kuwait (Baretto, 2013) y Saddam Hussein no pudo dimensionar la magnitud de ese gigante que se cernía sobre él. Este enjambre sinérgico de poder, de todos los factores del potencial nacional, se disparó justificado por un proceso de securitización que logró el pleno apoyo de la población de la principal nación involucrada en la acción y de la comunidad internacional en su conjunto.

La región del Golfo Pérsico es una zona de conflicto e inestabilidad permanentes. Su valor geopolítico se fundamenta – principalmente – en el acceso a los recursos, sumado al control posible de sus vías de acceso y explotación y de su transporte y comercialización.

Acceder a esos recursos (reservas de gas y petróleo) y beneficiarse de esas riquezas potenciales son objetivos que despiertan ambiciones nacionales, motivan intereses corporativos, reavivan reclamaciones históricas, reviven aspiraciones imperiales y alimentan rivalidades internacionales. La situación es todavía más volátil por el hecho

de que en la región no hay solo un vacío de poder, sino también una situación de inestabilidad interna. (Brzezinski, 1997, pp.130 y 131)

Esta conflictividad de la región hace peligrar los intereses nacionales de EEUU y, por añadidura, de sus aliados estratégicos y socios comerciales, estatales y privados. Así como lo fue el proceso securitizador de 1990-1991 a través de la proyección de su poder militar, su presencia en la zona demuestra que esto se mantiene. No cabe dudas que, “entre otras cosas, un interés permanente en el petróleo mantendrá a Occidente comprometido en Oriente Medio” (Buzan, 1991, p.443). Puede decirse, entonces, que el proceso de securitización se sostiene, ya que la amenaza que le dio origen todavía existe. O bien se transformó, amenazando con la misma gravedad los intereses mencionados y generando la misma urgencia y necesidad de acciones extraordinarias que la invasión a Kuwait de 1990 originó.

El gran riesgo que la región y el mundo sufren, en consecuencia, es que este proceso de securitización estadounidense – materializado con su constante presencia militar – se haya transformado en la amenaza existencial que disparó los procesos de securitización en la zona de otras potencias actuales, tales son Rusia, China e Irán. Las intervenciones de los últimos años de estos países en Medio Oriente – con distintos grado de involucramiento y diferentes modos y medios – son una confirmación fáctica de esta teoría.

## Referencias

- Atkinson, R. (1995). *Crusade: the untold story of the Persian Gulf war*. Boston, EEUU: Mifflin Harcourt.
- Baretto, J. (2013). *Cien años de tanques: la vigencia del puño de acero*. Buenos Aires: Editorial Universitaria del Ejército.
- Bartolomé, M. C. (2016). Algunas aproximaciones a la agenda de la Seguridad Internacional contemporánea y la influencia teórica en sus contenidos. *Revista “Política y Estrategia” N° 128*, pp.101-134.
- Borrell, J. J. (2013). Cómo hacer cataclismos con palabras. Narrativas del cambio climático y dinámicas de seguridad ambiental. *Revista Militar Nro 792*, pp 24-39.
- Brzezinski, Z. (1997). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona, España: Paidós.
- Brzezinski, Z. (2012). *Strategic vision: America and the crisis of global power*. New York, EEUU: Basic Books.
- Buzan, B. (1991). New patterns of global security in the twenty-first century. *International Affairs, Vol 67, No 3*. 431-451. Blackwell Publishing.
- CIA. (2019). Central Intelligence Agency. En Library. Recuperado de <https://www.cia.gov/library/reports/general-reports-1/gulfwar/061997>
- Citino, R. M. (2015). *De la Blitzkrieg a Tormenta del Desierto: la evolución de la guerra a nivel operacional*. Málaga, España: Ediciones Platea.
- Clancy, T., & Franks, F. (2007). *Into the storm: a study in command*. New York, EEUU: Berkley.
- Clausewitz, C. (1999). *De la guerra*. Dirigida y traducida por Michael Howard y Meter Paret. España: Ministerio de Defensa.
- Ejército Argentino (1992). *ROB 00-01 Reglamento de la conducción para el Instrumento Militar Terrestre*. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar.
- Ejército Argentino (2015). *ROB 00-01 Conducción para las Fuerzas Terrestres*. Buenos Aires: Departamento Doctrina.

- Eroukhmanoff, C. (2017). Securitisation Theory. En Gold, D., & McGlinchey, S. (Ed.), *International Relations Theory* (pp.104-109). Bristol, England: E-International Relations Publishing.
- Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas (2017). PC 20-01 Planeamiento para la Acción Militar Conjunta – Nivel Operacional. Poryecto. Buenos Aires.
- Floyd, R. (2015). Extraordinary or ordinary emergency measures: what, and who, decides the “success” of securitisation? *Cambridge Review of International Affairs*. doi: 10.1080/09557571.2015.1077651.
- Gray, C. (2010). War – Continuity in change, and change in continuity. *Parameters*, 40 (2), 5.
- Hardy, A., McIntyre, J. & Knight, B. (2019). Desert Shield / Desert Storm case study. Command and General Staff College. Fort Leavenworth, Kansas: EEUU.
- Klare, M. (2003). Guerras por los recursos: el futuro escenario del conflicto global. Barcelona, España: Urano.
- Klare, M. (2006). Sangre y petróleo. Peligros y consecuencias de la dependencia del crudo. Tendencias.
- Marcano, C. & Chacón, O. (2004). Barry Buzan y la teoría de los complejos de seguridad. *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 25, 125-citation\_lastpage.
- Matthews, J. & Holt, C. (1992). So many, so much, so far, so fast. United States Transportation Command and Strategic Deployment for Operation Desert Shield/Desert Storm. Joint Chiefs of Staff. Joint History Office. Washington DC: EEUU.
- Meneses, E. (1991). La Guerra del Golfo Pérsico y el Sistema Internacional. Centro de Estudios. [www.cep.cl](http://www.cep.cl)
- ONU. (2019). Resoluciones del Consejo de Seguridad del año 1990, en relación con la invasión de Kuwait por parte de Irak y el conflicto del Golfo Pérsico. Obtenido de <https://www.un.org/securitycouncil/es/content/resolutions-adopted-security-council-1990>.
- Pagonis, W. & Krause, M. (1992). Operational logistics and the Gulf War. The Land Warfare Papers, Nro 13. Virginia, EEUU: The Institute of Land Warfare.
- Quigley, J. (1992). The United States and the United Nations in the Persian Gulf War: new order or disorder. *Cornell International Law Journal*, (25), Article 1.
- Rodríguez González, J. (2007). El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y los casos recientes de usos mayores de la fuerza armada: la desnaturalización del sistema internacional de seguridad colectiva. *Papel político*, 12(2), pp. 481-510.
- Scales, R. H. (1994). Certain victory: the US Army in the Gulf War. Virginia, EEUU. Potomac Books, Inc..
- Schwarzkopf, H. (1994). H. Norman Schwarzkopf: autobiografía. Colección “Los Grandes Temas de la Historia”. Madrid, España: Globus.
- Tello, S. (2011). Revisando la securitización de la agenda internacional: la normalización de las políticas del pánico. *Relaciones Internacionales Nro 18 (GERI-UAM)*. Obtenido de <http://www.relacionesinternacionales.info>
- University of Texas Libraries (2019). Colección de mapas de la Biblioteca Perry-Castañeda. Recuperado de <https://legacy.lib.utexas.edu/maps/kuwait.html>
- USMA (2019). United States Military Academy. En Atlas of United States Wars. Recuperado de [www.usma.army.mil](http://www.usma.army.mil).
- Vego, M. (2010). Military history and the study of operational art. Joint Force Quarterly Nro 57.
- Weaver, O. (1995). Securitization and Desecuritization. En Lipschutz, R. *On security*. (pp 46-86). New York, EEUU: Columbia UP.